

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

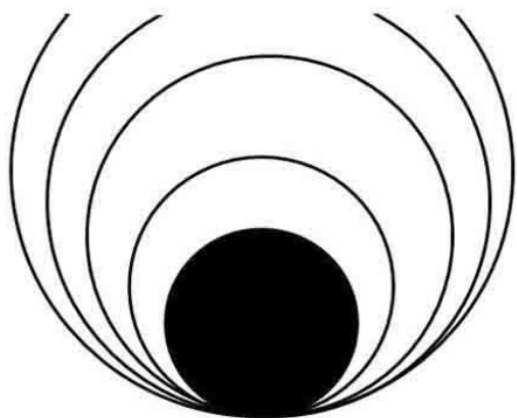
BOLSILIBROS

 **POLICIACO**

LA DAMA ERRANTE

Burton Hare





PUNTO ROJO



BURTON HARE

**LA DAMA
ERRANTE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.105
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 18.353 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1983

1ª edición en América: enero, 1984

© Burton Hare - 1983

texto

© García - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1983

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.704 — Un cadáver asesino.

En Colección PUNTO ROJO:

1.080 — Los mercenarios no se jubilan.

En Colección LA HUELLA:

130 — El funeral de las ratas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

620 — El pistolero y el perro.

En Colección KANSAS:

1.301 — El plomo que no mata.

CAPÍTULO PRIMERO

El dijo:

—He de irme.

Pero no se movió. La mujer le miró de soslayo, los ojos rientes y los labios húmedos y brillantes.

—Bueno —sonrió—, ¿qué esperas?

Sobre la almohada, su larga cabellera negra como ala de cuervo se extendía igual que una marea de ébano. McGee le devolvió la mirada. Ella sólo tuvo que mover un poco la cabeza y sus labios se unieron a los del hombre como una ventosa. El sintió el estilete ardiente de su lengua. Se entregaron al beso dejando que el placer fluyera igual que una llama, algo instintivo, vivo, que estaba allí y que debía ser gozado hasta el límite del aliento y de la vida. Poco después, y mientras ella jadeaba dulcemente, él repitió:

—He de irme. Tengo el tumor de la mañana.

—Eso ya lo dijiste antes.

—¿Es que tú nunca tienes bastante?

—Contigo, no.

—Ya veo.

Ella se quedó mirándole, apoyada en un codo. Tenía un cuerpo esbelto, delicado, de pechos duros y agresivos. Ya no era joven, pero estaba en su plenitud y era capaz de dar tanto como esperaba que le dieran a cambio.

—¿Sabes una cosa, querido? —murmuró—. Si no fueras tan joven podría enamorarme de ti como una idiota.

El se echó a reír.

—No soy tan joven —replicó—. Ni tú tan vieja. O quizá quieras decir que sólo una idiota se enamoraría de un polizonte. ¿Es eso?

—Ya sabes que no.

El dio un vistazo al reloj. Hizo una mueca y acabó incorporándose.

—¡Maldita sea! Mañana no daré una. Anoche apenas pegué ojo tampoco...

Saltó de la cama. La mujer runruneó:

—No pareces un policía. Y menos así... con ese traje de Adán.

McGee desapareció en el baño, gruñendo azorado. Cuando reapareció empezó a vestirse, sin ningún entusiasmo bajo la mirada divertida de la mujer.

—Pareces un chiquillo que nunca haya roto un plato.

El dio un respingo.

—¿Qué?

—Eso, que pareces un chiquillo a pesar de todos tus músculos. Y, sin embargo, mataste a un hombre no hace mucho.

El se quedó inmóvil unos instantes. Una nube pasó por sus ojos azules, algo semejante a una sombra de amargura.

—No fue nada agradable —rezongó—. Nunca es agradable matar a un semejante, ni siquiera en defensa propia.

—Lo supongo.

McGee suspiró y acabó de vestirse. Del cinturón colgaba una funda de piel vacía. La ajustó al lado izquierdo de su cintura y luego sacó el revólver de un bolsillo de la chaqueta, metiéndolo en la funda. Era un Colt 38 de cañón muy corto.

Tras esto lo hizo desaparecer, abrochándose la chaqueta.

Sólo entonces dijo:

—No sé cuándo podré volver a verte, linda.

—Bueno, pasado mañana estarás libre de servicio, digo yo.

—Pero he de asistir a uno de los cursillos de la policía, ya te lo dije. No quiero quedarme de detective toda la vida.

—Detective de primera McGee. Bueno, suena bien por lo menos.

El se echó a reír. Tenía una risa desbordante y vital.

—Mejor sonará cuando puedas decir teniente McGee.

Inclinándose sobre la cama besó suavemente a la mujer. Luego se quedó mirándola unos instantes, como subyugado por su esplendorosa desnudez. Sacudió la cabeza.

—A veces me pregunto cómo una mujer como tú no se casó nunca.

—Hubo un tiempo que yo también me planteaba esa cuestión, pero ya dejé de preocuparme. No creo que casada estuviera mejor de como estoy ahora.

McGee se encogió de hombros. Volvió a besarla ligeramente y se dirigió a la puerta. —Te llamaré— prometió—. Y te echaré de menos.

—Embustero.

Antes de cerrar la puerta aún oyó la risita divertida de ella.

Se detuvo un instante en la acera. La noche era oscura, pero en el cielo negro brillaban miríadas de estrellas, parpadeantes, hermosas como los sueños de la juventud.

Vance McGee era joven, amaba su trabajo, estaba ahído de placer y echó a andar conteniendo los deseos de cantar entre dientes.

Allá arriba, el manto estrellado parecía moverse al compás de sus pasos. Era como si las estrellas quisieran arroparle con su brillo eterno.

No había nadie en la calle. Caminaba a buen paso dejando atrás calles y esquinas, alguna plazoleta y los altos edificios. Podía dirigirse a su apartamento por el camino más corto que atravesaba todo el barrio residencial, pero prefirió cruzar el pequeño parque porque esta noche no parecía ser como las demás. No tenía sueño a pesar de lo que le dijera a la mujer. Sólo ansiaba vivir, sentirse joven y fuerte, y contemplar las estrellas. Le parecía que nunca había visto tantas. Ristras de brillantes diamantes desparramados por el cielo.

El parque era un lago de sombras. Se internó por un sendero y remontó una ligera colina. Allí el sendero se cruzaba con un paseo más amplio. El aire olía a tierra húmeda, a flores, a vegetación. McGee pensó que era una noche perfecta.

Dobló por el paseo. Durante el día los chiquillos correteaban a sus anchas y los ancianos tomaban el sol sentados en los bancos pintados de color blanco.

Ahora todo estaba desierto y los bancos vacíos.

Pero no todos.

Vio a la mujer sentada en uno de ellos y arrugó el ceño. Una mujer sola en el parque, a semejantes horas, o era una inconsciente o una buscona.

McGee la miró distraídamente cuando cruzó por delante de ella. La mujer ni siquiera levantó la cabeza. Estaba absorta con algo sujeto entre sus dedos. Fugazmente, McGee pensó que sujetaba un

rosario en las manos.

Pero en cualquier caso era un rosario muy brillante. Casi tanto como las estrellas, a las que había olvidado al descubrir a la mujer.

Siguió caminando, aunque mucho más despacio, intrigado porque la mujer no le había hecho ningún caso. Una buscona hubiera maniobrado de muy distinta manera.

Al fin, se detuvo a cierta distancia y volvió la cabeza.

Ella continuaba en la misma postura abatida, como derrotada. Sus dedos seguían jugueteando distraídamente con aquella especie de rosario brillante.

McGee estaba intrigado. Miró el reloj. Eran las tres de la madrugada.

La luz del farol más próximo alumbraba el banco y a la mujer, pero le dejaba a él envuelto en sombras. Titubeó, sin apartar la mirada de la patética figura solitaria. Entonces, mientras estaba mirándola, el rosario brillante pareció estallar entre los dedos de la mujer y se desparramó a su alrededor, por el suelo.

Ella no hizo el menor movimiento, como si aquello careciera de importancia. McGee suspiró y echó a andar hacia la mujer.

—¿Le ocurre algo, se encuentra mal? —indagó.

No obtuvo respuesta. Ella sólo levantó un instante la mirada y McGee vio ante sí unos ojos bellísimos, pero tan vados como un abismo sin fondo. Aquella mirada le produjo escalofríos.

—¿Está usted enferma? —insistió.

—No...

Su voz sonó ronca, baja. No parecía siquiera una voz humana.

Cada vez más intrigado, él se inclinó. Vio el centelleante brillo en la tierra y apenas pudo dar crédito a sus ojos.

Miró estupefacto el diamante que tenía entre los dedos. El no entendía nada de diamantes. Nunca había tenido uno. Pero estaba dispuesto a jurar que aquel pedrusco era un diamante enorme.

Y había otros esparcidos alrededor.

—¡Un collar de diamantes! —jadeó sin voz.

Comenzó a recogerlos uno a uno. Los contó.

—¡Doce! Doce diamantes... Oiga, hermana. ¿Está usted loca? Esto vale una fortuna. La mujer no le hizo ningún caso. El descubrió que entre sus dedos aún colgaba una parte del collar roto, con muchos más brillantes todavía. No podía creerlo.

Vacilante, alargó la mano y le arrebató el collar. Otro pedrusco se desprendió de él y hubo de buscarlo entre la tierra.

Cuando se irguió miró en torno. Con un escalofrío pensó en lo que podía haberle ocurrido a la muchacha si en lugar de ser él quien la descubriera hubiera sido cualquiera de los hampones que frecuentaban la noche.

—Bueno, diga algo —insistió—. ¿No se da cuenta de que ha estado a punto de perder una fortuna?

De nuevo, ella le miró patéticamente con aquellos ojos vacíos de toda expresión: McGee comenzó a preocuparse de veras.

—¿Dónde tiene usted el bolso?

No pudo verlo por ninguna parte. Buscó en torno, incluso entre los arbustos recortados que había detrás del banco.

Nada. No había ningún bolso.

Acabó metiéndose los diamantes en un bolsillo y fue a sentarse en el banco, al lado de la mujer.

Vio el bellissimo rostro pálido y desencajado. Nunca había visto una mujer tan hermosa.

Le tomó una mano y ella no esbozó ni un gesto de protesta.

—Vamos, confíe en mí —susurró—. ¿Qué le ocurre? La ayudaré, si me lo permite.

—Nada. Nadie... nadie puede ayudarme.

—Haga la prueba.

Ella sacudió la cabeza. A pesar de la penumbra, McGee podía darse perfecta cuenta de la increíble belleza de la desconocida.

Vio que vestía ropas de alto precio. De eso no cabían dudas. También su peinado, a pesar de hallarse revuelto, delataba la mano de un artífice.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

De nuevo sacudió la cabeza. No dijo una palabra y él insistió:

—Vamos, tiene que recordarlo. ¿Cómo vino, en coche, paseando, cómo?

Un largo suspiro escapó de la muchacha. Apenas sin voz murmuró:

—No lo sé, no lo recuerdo. *No sé siquiera quién soy yo.*

McGee casi se cayó de espaldas.

CAPÍTULO II

—¿Quiere decir que no recuerda cómo se llama?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro, abatida.

Vance no podía creerlo. Era algo tan insólito, tan absurdo, que no lograba asimilarlo de buenas a primeras.

—Bueno, seamos razonables —dijo—. ¿Desde cuándo lo ha olvidado todo? Porque esto debe haber empezado de algún modo.

Durante unos instantes la muchacha siguió muda, con la cabeza caída hacia adelante, las manos juntas sobre sus rodillas y el hermoso cuerpo tan inmóvil como una figura de madera.

Hasta que al fin musitó:

—No sé cuándo empezó. No sé absolutamente nada.

—¡Pero eso no tiene sentido! Algo tiene que recordar, por poco que sea.

—No...

—Empecemos por el principio. Usted está sentada en este banco. No puede haber perdido la memoria sentada aquí, como si se la escamotearan con un juego de manos. ¿Cómo llegó al parque? Trate de pensar.

—Estaba caminando por un sendero —dijo con voz lenta y baja—. Era un sendero estrecho, oscuro. No había nadie y de pronto llegué aquí. Estaba horriblemente cansada y la cabeza me dolía, así que me senté para descansar. La cabeza aún me duele un poco.

—¿Es todo lo que recuerda?

—Todo. ¿No comprende? Es como si hubiera empezado a vivir en aquel sendero estrecho y oscuro. Más allá de eso no hay nada.

—Quizá le dieron un golpe, o tuvo un accidente. Espere un minuto.

Levantándose, McGee tanteó delicadamente entre los revueltos cabellos de la joven. De pronto ella dejó escapar un quejido.

—¿Le duele?

—Sí... mucho...

El tanteó la ligera protuberancia que había detrás de la oreja derecha. Ella volvió a quejarse.

—Un golpe —dijo él—. Pero no me parece lo bastante fuerte como para haberle provocado la amnesia. Debe haber algo más. Veamos otra cosa, ese collar de diamantes que tan poco parece importarle. ¿No le recuerda nada?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

McGee refunfuñó:

—No entiendo nada de joyas, pero a mí me parecen legítimos, y si lo son deben valer una enormidad de dinero. Una fortuna semejante debería recordarle algo, interesarle por lo menos.

—Pero no es así. Lo llevaba en el cuello. No sé por qué me la quitó. Lo tenía entre los dedos y de pronto se rompió... entonces llegó usted.

—Debe verla un médico, y pronto. Es lo único que se me ocurre.

Ella ladeó la cabeza y por primera vez le miró recto a la cara. El le sostuvo la mirada, como si quisiera penetrar en la misteriosa profundidad de aquellas pupilas vacías de expresión.

—¿Por qué hace todo esto por mí? —le espetó de pronto, como si le viera por primera vez—. Usted tampoco sabe quién soy.

—Porque en cierto modo mi trabajo es ayudar a los demás. Soy policía, ¿sabe? Por otra parte, no podría abandonarla ahora aunque no lo fuera. Nadie medianamente decente lo haría.

—¿Policía, es usted policía?

—Detective de primera. Me llamo Vance McGee. Ahora sería bueno que usted hiciera un esfuerzo para recordar también su nombre; quizá si lo intentase con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, conseguiría algo. Quizá tenga una familia, un marido, hijos tal vez que a estas horas estén buscándola. ¿No puede...?

Desalentada, ella meneó la cabeza.

—Está bien, buscaremos otra ayuda.

McGee se levantó, tirando de ella. Como a regañadientes, la muchacha se puso de pie. Era alta, casi tanto como él, y a pesar de la luz deficiente el joven pudo apreciar toda la majestuosa belleza de su cuerpo.

Se disponía a decir algo más cuando oyó pasos presurosos sobre la grava. Instantes después dos hombres aparecieron por el recodo,

avanzando hacia ellos.

Una voz exclamó inesperadamente:

—¡Maldita sea, ahí está!

McGee se volvió en redondo. Los dos desconocidos se habían detenido, como asombrados. Luego, echaron a andar de nuevo hacia la pareja.

Cuando entraron en el círculo de luz del farol, McGee pudo verlos con más detalle y no le gustó el aspecto de ninguno de los dos.

Eran altos, recios, de rostro duro y carente de expresión. Había visto caras semejantes en los ficheros de la policía multitud de veces. Uno de ellos exclamó:

—¡Hasta hizo una conquista! ¿Qué te parece?

El otro soltó un gruñido. Apoyó una manaza como un jamón sobre el pecho de McGee y ordenó:

—Lárgate al infierno, pichón, si quieres conservar la cabeza sobre los hombros. Esta nena es cosa nuestra.

McGee trastabilló para conservar el equilibrio. Observó que ella les miraba asombrada.

No parecía conocerlos tampoco. Entonces dijo:

—¡Un momento! ¿Saben ustedes quién es esta mujer?

—No hagas preguntas idiotas y esfúmate. Por esta noche tendrás que acostarte solo.

Uno alargó su manaza y atrapó el brazo de la muchacha.

—Vamos, nena. Nos has vuelto locos para encontrarte.

Ella intentó resistirse. Con voz rota balbuceó:

—¡No quiero ir con ustedes... suélteme, por favor...!

—¡Hasta lo pide por favor! —cacareó el matón—. ¿Qué te parece, Bugsby? Se nota que es una dama bien educada.

—Deja de charlar y larguémonos de aquí.

McGee creyó que ya había oído bastante.

—Déjela en paz —ordenó—. Vamos a aclarar unas cuantas cosas ustedes y yo.

Le miraron casi divertidos. El que sujetaba a la muchacha la soltó y empezó a restregarse las manos con fruición.

—Le ha salido un defensor, Bugsby. ¿Qué te parece?

—Sacúdele un poco y vámonos de una vez.

El tipo pareció haber esperado la orden. Saltó contra McGee

volteando sus grandes puños y el joven policía hubo de moverse impulsado por sus bien entrenados reflejos para esquivar la acometida. Fastidiado, ordenó:

—¡Quietos, idiotas! Están agrediendo a un policía.

Eso les dejó un instante paralizados de estupor. Pero tras ese primer instante, el llamado Bugsby aulló:

—¡Un maldito polizone, Peters! ¿No es gracioso?

—Mucho. Mátaalo y acabemos. El se lo buscó.

McGee no podía creerlo. Vio cómo Peters hurgaba debajo de la chaqueta, y cuando él empezó a moverse el pistolero ya sacaba una pesada automática. Incluso oyó el seco chasquido del seguro cuando el tipo lo hizo saltar con el pulgar.

Entonces brincó a un lado, dejándose caer de rodillas. La potente automática bramó con un estruendo endemoniado y algo pasó zumbando sobre la cabeza de McGee. Para entonces éste había sacado también su «38» y disparó desde el suelo. Obró dejándose guiar por la experiencia adquirida en las prácticas de tiro, y su pesado proyectil arrojó a Peters contra su compinche.

—¡Quieto ahí! —Ladró McGee—. ¡No me obligue a...!

Nunca terminó. Bugsby hizo fuego y la bala le alborotó los cabellos, produciéndole una atroz sensación de quemadura en el cuero cabelludo. Aturdido, cayó de costado, luchando por dominar el dolor.

Como por entre una neblina vio al pistolero inclinado sobre Peters. Le oyó gruñir y luego Bugsby se irguió, con la pistola en la mano.

Pero no se volvió hacia él. El pistolero levantó el cañón y apuntando a la aterrada muchacha gruñó:

—Bueno, nena, ya que no podemos hacerlo como estaba planeado lo haré así... Espantado, McGee sujetó el revólver con las dos manos y disparó velozmente, una y otra vez, para segar el menor reflejo que pudiera disparar aquella pistola.

Bugsby se fue dando tumbos hacia la mujer. Manoteó un instante, cuando ella se apartaba, y al fin cayó de cara contra el banco de madera. Rebotó y acabó hecho un ovillo en el suelo.

Temblando, McGee se incorporó. La cabeza le zumbaba como una dinamo y todo daba vueltas a su alrededor.

—¡Iba a matarla! —jadeó—. Iba a disparar contra usted a sangre

fría...

Ella sólo le miraba con las inmensas pupilas desorbitadas por el terror. Sólo eso, mirarle y mirarle como si de la terrible imagen de él, con un costado de la cara lleno de sangre, dependiera vivir o morir.

McGee hizo esfuerzos para asentar los pies en el suelo y que sus piernas dejaran de temblar. Dio un vistazo al revólver que empuñaba. Del corto cañón brotaba un hilillo de humo gris.

Al fin, la muchacha balbuceó:

—¡Está herido!

—¿Qué?

—Usted, tiene la cara llena de sangre.

—¿Sangre?

Lo comprobó con su mano libre. Luego se tanteó el cráneo, allí donde la bala había desgarrado el cuero cabelludo. Un agudo latigazo de dolor le arrancó un gruñido.

—Por poco no me voló la cabeza... No lo entiendo, es algo de locos. Esos dos tipos querían matarla a usted, matarla sin más. ¿No recuerda si los había visto alguna vez?

—Nunca... nunca antes los había visto.

McGee enfundó el revólver y tendió el oído. Tal vez algún guardia, en alguna parte, habría escuchado los disparos y acudiría.

Pero no se oía nada, excepto sus alteradas respiraciones.

En un instante hubo registrado los bolsillos de los dos cadáveres. Se convenció de que estaban vacíos. No llevaban absolutamente nada, ni tabaco.

—Profesionales, asesinos profesionales. Cada vez lo entiendo menos. Vámonos de aquí, debo llamar a jefatura cuanto antes.

Echaron a andar uno al lado del otro. A McGee aún le temblaban las piernas, y una sensación de náusea iba apoderándose de él a medida que la consciencia de haber matado a dos hombres le revolvía más y más el estómago.

Antes de llegar a la salida del parque hubo de detenerse. Se apartó de la muchacha y, apoyándose de cabeza en un árbol, vomitó dolorosamente.

Cuando se sintió mejor ella estaba a su lado.

—¿Tiene un pañuelo? —murmuró—. No cesa de sangrar.

El le tendió su pañuelo y dejó que ella le limpiara un poco la

cara. Después lo mantuvo apretado contra la herida y comentó con voz poco segura:

—Ahora es a usted a quien debe ver un médico, McGee.

—Hay tiempo; antes debo llamar por teléfono.

Al fin salieron de la fronda del parque. En la avenida había mucha más luz, y allá arriba pudo ver de nuevo las estrellas, brillantes, vivas, indiferentes a su terrible experiencia de esa noche que ya no era hermosa.

Miró arriba y abajo de la avenida. No había ninguna cabina telefónica a la vista. La cabeza la daba vueltas y cada vez se sentía peor.

Hubo de apoyarse en un farol para mantenerse de pie. Con voz insegura balbuceó:

—Por favor, busque un taxi. ¿Comprende? Llame un taxi...

Entonces sus piernas le fallaron y se desmayó.

Ya no oyó la alarmada exclamación de la muchacha. No oyó absolutamente nada, porque igual hubiera podido estar muerto.

CAPÍTULO III

Lo primero que supo fue que tenía un dolor de cabeza monumental. Gimió entre dientes y parpadeó, mirando en torno. Estaba tendido en una cama, en una habitación en penumbra. Por la puerta abierta penetraba el resplandor de una lámpara encendida en la estancia vecina.

Casi pegó un brinco al reconocer su propio dormitorio. Estaba en su apartamento, de eso no cabían dudas. El modo cómo había llegado hasta allí era un misterio.

Logró sentarse en la cama. Por unos segundos la cabeza pareció querer saltarle fuera de los hombros. Después se aquietó, y el frío de las baldosas en sus pies desnudos ayudó a despejarle un poco más.

Hizo otros descubrimientos también. Estaba descalzo y llevaba sólo los pantalones. Alguien le había quitado la camisa. Tanteó la funda vacía del revólver y gruñó al descubrir que también le habían despojado del arma.

Sólo que al mirar en torno lo vio sobre la mesita. Allí estaba el «38», panzudo, siniestro. El instrumento con que había matado a aquellos dos pistoleros.

Dio un respingo, levantándose. Ahora los recuerdos fluían claros, precisos, con toda su aterradora realidad.

Trastabilló a través del dormitorio y se asomó a la estancia alumbrada. Era una salita desordenada donde él solía pasar una gran parte de su tiempo libre, leyendo y escuchando música.

Ahora no había música, sólo la suave respiración de la muchacha dormida en el diván. McGee se quedó mirándola hechizado. Era tan hermosa que daba vértigo. Nunca antes había visto a nadie de una belleza tan delicada, tan fuera de este mundo como la quimera de un soñador.

Tenía las ropas revueltas y mostraba unos prietos muslos de piel dorada. En su postura de profundo abandono, era la más tentadora

imagen de amor y sensualidad que él hubiera podido imaginar.

Ahora, McGee recordaba con detalle todo lo sucedido y eso no le ayudaba a sentirse mejor. Y la manera como había llegado a su propio apartamento era también otro misterio.

Regresó al interior del dormitorio y buscó la chaqueta. Al encontrarla sobre una silla tanteó los bolsillos. Los diamantes seguían allí, brillantes, fríos. Se preguntó una vez más si serían auténticos o sólo simples imitaciones.

Un vistazo al reloj le reveló que eran casi las cinco de la madrugada. Era como si el tiempo se hubiera detenido en esa noche increíble.

Se dirigió a la cocina tanteándose el cráneo. La sangre seca había dejado parte de sus cabellos acartonados, como un casco. Maldijo para sus adentros.

Preparó café en abundancia y se tragó dos grandes tazas abrasándose el paladar.

Luego, con otra llena, fue a despertar a la muchacha.

—¿Cómo se encuentra? —indagó cuando ella abrió los ojos.

Se miraron largamente. El trató de esbozar una sonrisa pero sólo consiguió una mueca.

—Tómese el café antes que se enfríe, eso la ayudará.

Ella obedeció, vaciando la taza a grandes sorbos.

—¿Cómo vinimos a parar aquí?

—El taxista... él me ayudó a subirle.

—No entiendo nada. Me desmayé como un estúpido. ¿No es cierto?

—Sí, por la herida de la cabeza, supongo.

—Pero ¿cómo supo mi dirección, cómo se le ocurrió traerme aquí?

—Por sus documentos. Los encontré en su bolsillo.

—Entiendo.

—Hube de mentirle al taxista. Le dije que nos habían atacado en el parque. Un atraco o algo así, el hombre accedió a traerlo. McGee sacudió la cabeza, impaciente.

—¿Por qué no le dijo que nos llevara a la jefatura? Hace horas que debiera haber presentado un informe sobre lo sucedido.

Ella desvió la mirada. Con una voz que apenas se oyó dijo:

—Tuve miedo.

—¿De qué?

—No lo sé, pero de algún modo yo debo estar relacionada con aquellos asesinos.

—Ya veo.

Tras un titubeo, ella añadió:

—Hay algo más, McGee...

—¿Qué?

—Lo descubrí en el baño.

Comenzó a desabrocharse el vestido, como si fuera la cosa más natural de este mundo desnudarse delante de un desconocido.

McGee desorbitó los ojos, estupefacto.

Ella se había levantado entre tanto. Hizo un movimiento con los hombros y el vestido se deslizó a lo largo de la escultura viva de su cuerpo hasta el suelo.

No llevaba nada más que unos sujetadores diminutos, una suerte de adorno lleno de encajes, porque sus senos no necesitaban ayuda alguna para mantenerse erguidos, orgullosos de su dureza y juventud. Hacían juego con el triángulo que adornaba las cumbres de sus muslos.

McGee sintió que se ahogaba, pero un instante después las cosas cambiaron de golpe.

Ella murmuró:

—¿Lo comprende ahora?

Había dos grandes manchas parduscas en el lado izquierdo de su cintura, entre el borde de la ligera braguita y los sujetadores.

—¿Sangre? —jadeó él.

—Eso creo. Seca, completamente seca. Y no es mía, no tengo ninguna herida, ni un rasguño.

—Un momento, no perdamos la cabeza ahora. Yo sangré en abundancia, ¿no es cierto?

—No pudo mancharse «aquí» —replicó la muchacha con su voz inquieta—. Mire eso.

Tomó el vestido del suelo. Por la parte exterior tenía solo unas manchas en la manga. Sangre de McGee, sin duda.

Pero en el lugar correspondiente a la cintura, la leve mancha oscura estaba en el interior del vestido, en su cara interna.

McGee gruñó:

—Ya veo, usted se vistió «después» de mancharse de sangre...

—¿Comprende por qué tengo miedo de llamar a la policía?

—¿Olvida que yo soy policía?

—No, y estuve tentada de huir cuando llegamos aquí. Luego pensé que no tenía un lugar a donde ir y decidí quedarme...

El dio unos pasos de un lado a otro, quizá huyendo de la turbadora visión de aquel cuerpo casi desnudo, de aquella suerte de tentación que parecía ofrecérsele con toda su indecible belleza.

—Póngase el vestido. Necesito pensar.

—McGee...

—¿Sí?

—Usted dijo que... que me ayudaría.

—Lo recuerdo.

—¿Aún sigue queriendo ayudarme?

—¡Claro que quiero ayudarla!

—¿Incluso después de ver esas manchas?

—Ya sé qué quiere decir. Usted puede haber cometido un crimen. ¿Es eso lo que piensa?

—Entre otras cosas.

—Incluso así. ¡Maldita sea! Estoy aturdido y verla desnuda no ayuda en nada a aclararme las ideas. Póngase el vestido de una vez.

Regresó a la cocina en busca de más café, sólo que esta vez lo complementó con un buen chorro de *whisky*. Cuando lo hubo bebido se sintió mucho mejor.

La muchacha se había vestido y parecía esperar su resolución. McGee llevó la botella con él cuando fue a sentarse en el diván, junto a la muchacha. Vertió *whisky* en la otra taza y gruñó:

—Bébalo, la animará.

Ella obedeció, sumisa. En cierto modo, pensó el policía, parecí esperar su sentencia.

De pronto, se sorprendió a sí mismo diciendo:

—Pase lo que pase, estoy a su lado.

—¿Por qué, McGee?

—No lo sé muy bien.

—¿Se ha enamorado de mí?

McGee abrió la boca, asombrado. Casi se olvidó de cerrarla durante un buen rato. Luego, murmuró:

—Eso tampoco lo sé con certeza. Es usted endemoniadamente bella, pero apenas la conozco hace unas horas. No lo sé —repitió,

inquieto.

—McGee...

—¿Sí?

—¿Seguirá queriendo ayudarme si resulta que he hecho algo malo?

—Haré todo cuanto pueda.

Tras un silencio, ella sólo susurró:

—Gracias.

—Pero no confíe en mí más de la cuenta. Sólo soy un policía novato, nada más, y lo que yo pueda hacer está aún por ver.

—Para mí es suficiente con saber que está a mi lado.

McGee bebió un trago de *whisky*. Carraspeó y luego fue en busca del puñado de diamantes. Los desparramó sobre la mesita y dijo:

—Mírelos, trate de recordar de dónde los obtuvo. Si los compró, o si alguien se los regaló. Tal vez en su cumpleaños, en su aniversario de... de boda. Inténtelo.

—Es inútil. Estuve intentándolo antes de quedarme dormida. No puedo. ¿Cree que estoy casada?

—¡Cuernos! ¿Cómo puedo saberlo? Pero es una posibilidad, a pesar de que es usted muy joven.

Inesperadamente, la muchacha le apresó la mano entre las suyas. El sintió el calor y la suavidad de terciopelo de su piel.

—McGee, si resulta que estoy casada... o que he cometido un crimen, entonces, ¿seguirá a mi lado, continuará ayudándome?

—Por supuesto.

—No le comprendo, de veras es usted un hombre extraño, McGee. A menos que se haya enamorado de una desconocida como yo.

—Cosa que bien pudiera ser —sonrió él.

Ella desvió la mirada. Ni el uno ni la otra hablaron durante casi un minuto. Luego, McGee carraspeó.

—Debo informar de lo ocurrido anoche —dijo, con voz titubeante—. Lo que no sé es cómo dejarla a usted al margen. Por otra parte, necesita atención médica. Debe haber algún medio para que recobre la memoria.

La muchacha no replicó. Se limitó a seguir mirándole con aquellos ojos vacíos de expresión, patéticos y tristes sin embargo.

Quizá huyendo de esa mirada, McGee dio media vuelta, refunfuñó algo entre dientes y se encerró en el baño.

Cuando salió, se había duchado y las huellas de la sangre en su cabeza habían desaparecido. Ella pensó que estaba muy pálido.

—Va a quedarse aquí hasta que yo vuelva —decidió el detective—. Haré cuanto pueda para que no se vea envuelta en las muertes de esos pistoleros. No sé aún cómo, pero lo haré así me juegue el empleo.

—McGee, yo...

El esbozó una sonrisa tensa.

—Confíe en mí —dijo—. Sólo eso.

Ella asintió en silencio. McGee entró en el dormitorio y se vistió con ropas limpias. Enfundó el revólver tras comprobar que sólo quedaba un cartucho en él. Hizo una mueca de disgusto. Pensó en lo que le esperaba y la cosa no le gustó.

—Ignoro cuándo podré volver —dijo al salir—. Se armará un buen escándalo cuando presente mi informe. De cualquier modo, aquí no tiene nada que temer. Hay latas en la cocina, y algo en el frigorífico. No salga, no abra la puerta, no haga nada. Sólo espéreme. ¿De acuerdo?

—Esperaré.

Tras una vacilación, él recogió los diamantes y los metió en un cajón. Luego, pensándolo mejor, separó uno y le dio un vistazo.

—Cuando vuelva sabremos si son diamantes o pedazos de cristal tallado —sonrió.

Quedaron mirándose, sorprendidos de que, de pronto, no supieran qué decir.

Al fin, él inclinó la cabeza y acercó los labios a la boca de la muchacha. Pensó que ella se apartaría... que esquivaría el beso en el último instante.

Mas no fue así. Encontró la boca de la muchacha entre sus labios. La boca temblaba ligeramente.

Después de todo era sólo un beso. Nada más que eso. Pero a McGee le hizo el efecto de que el suelo temblaba bajo sus pies. No le hubiera sorprendido verse flotando en el aire como una nube.

Se apartó a regañadientes. La miró y no supo descifrar el significado de la nueva luz que chispeaba en las hermosas pupilas de la extraña desconocida.

Murmuró una despedida y se fue, asegurándose de que cerraba la puerta al salir.

Entonces empezó a pensar en lo que le aguardaba, y una vez más notó que casi le temblaban las piernas.

CAPÍTULO IV

Ciertamente, fue duro.

La voz bronca del teniente Langdon retumbó en el despacho durante diez minutos después que él contara su aventura, debidamente modificada para dejar fuera a la muchacha.

El teniente era un hombre de unos cuarenta años, recio como un peñasco, que había alcanzado la graduación a base de energía, sacrificio y esfuerzo. En consecuencia, sustentaba la teoría de que todos sus hombres debían proceder de igual modo o largarse.

McGee pasó un rato infernal antes de que pudiera meter baza de nuevo.

Aprovechó una pausa de su jefe para tartamudear:

—No vine aquí porque el taxista que...

—¡Cállese!

Calló. Cualquiera no.

Langdon soltó un bufido.

—¡Detective de primera! —barbotó—. Debería estar usted pateando las calles vestido de uniforme. ¿Dónde dejó esos cadáveres?

—Ya se lo dije...

—En el parque.

—Eso es.

Langdon miró ostensiblemente su reloj.

—¿Y cómo explica usted que a estas horas nadie los haya descubierto? Dos tipos acribillados a balazos deberían llamar la atención de cualquiera que pasara cerca, digo yo.

McGee abrió la boca, estupefacto. La cerró sin que ningún sonido brotara de ella.

Implacable, el teniente añadió:

—¿No estaría borracho, McGee?

—Oiga, teniente...

—¡Borracho como una cuba! ¿Fue eso lo que sucedió?

McGee sintió que la cólera comenzaba a desbordarle.

Bruscamente sacó el revólver y lo arrojó sobre la mesa.

—Entonces —dijo—, disparé cinco balas estando borracho, ¿eh? Porque hay cinco cartuchos vacíos en el tambor. Y nadie oyó los disparos en ninguna parte. ¿Y mi cabeza, qué? Eso me lo hizo la bala de aquel bastardo llamado Bugsby, una bala del «45». El teniente miró casi con indiferencia los cabellos revueltos de su subordinado. Pero atrapó el revólver y con un gesto brusco hizo bascular el tambor a un lado. Los casquillos vados y el cartucho intacto cayeron sobre la mesa.

—Usted disparó cinco tiros. Bueno...

Atrapó uno de los dos teléfonos que tenía al lado y gruñó:

—Quiero una relación de todas las denuncias sobre hallazgo de cadáveres en la ciudad.

McGee puntualizó:

—Que hayan sido encontrados en el parque, teniente.

—¡Usted no recuerda siquiera dónde disparó! ¿Lo han entendido? Ocúpense de los teletipos aunque sólo sea por una vez.

Colgó de golpe.

—Apuesto doble contra sencillo a que... ¡Maldita sea! Vaya a que le vea el médico y luego vuelva aquí. Usted y yo no hemos terminado aún, McGee.

Éste se levantó. Iba a recuperar su revólver cuando el teniente le apartó la mano bruscamente.

—Se lo daré después.

Salió, cabizbajo.

La cura del médico no fue ninguna delicadeza, así que cuando salió de la consulta la cabeza volvía a dolerle como el infierno.

Pero no se dirigió al despacho del teniente. Tomó el ascensor y descendió al archivo central. Pensó que ya estaba harto de gritos. Si tenía que jugarse el empleo lo haría a su manera.

Una hora más tarde, con la cabeza zumbándole y los ojos enrojecidos, apartó a un lado el enorme volumen y suspiró. Lo había conseguido.

Anotó unos datos en un papel, llamó al sargento encargado de los ficheros y luego, con el botín en su poder, se encaminó al despacho del teniente.

Éste casi saltó de la silla al verle.

—¡Condenación! Creí que se había fugado. ¿Qué hizo el matasanos, trepanarle esa cabeza hueca que tiene?

McGee le sostuvo la mirada descaradamente. Ahora sabía el terreno que pisaba.

—¿Han denunciado esos cadáveres?

Langdon soltó un bufido.

—¡No, señor! Nadie encontró ningún cadáver en ninguna parte. Y en el lugar del parque donde usted hizo prácticas de tiro no hay ni rastro de dos muertos. Envié una patrulla.

Nada. Ni cadáveres, ni sangre, ni casquillos de bala. ¡Nada de nada!

—Los dos dispararon con automáticas. Los casquillos deberían estar allí...

—Oh, seguro. Los casquillos y los cuerpos. Ahora, siéntese ahí y empiece otra vez, a ver si sacamos algo en claro. Y si estaba borracho es mejor que lo diga francamente. ¿Dónde disparó, a través de la ventana, contra los faroles, qué?

McGee se limitó a dejar las dos cartulinas sobre la mesa y sólo dijo:

—Disparé contra estos dos tipos, teniente. Ése es John Bugsby. Recibió cuatro impactos, para que no pudiera disparar contra la mujer. El otro se llamaba Peters, Abraham Peters. Un balazo.

Langdon se quedó helado. Miraba las fichas como si fueran los colmillos de una serpiente de cascabel.

McGee añadió:

—Ahora quizá quiera usted creerme.

—¡Que me ahorquen!

McGee pensó que eso sería una gran cosa, pero mantuvo la boca cerrada.

El teniente acabó echándose atrás en el sillón y sus ojos duros miraron al detective con renovado interés.

—¿Está seguro de que eran ésos los hombres?

—Sin la menor duda. No olvidaré sus caras mientras viva.

—Bueno, entonces dígame dónde están. Dos tipos fritos a balazos no pueden ir muy lejos, digo yo.

—Tal vez se los llevaron.

—¿Quiénes?

McGee se encogió de hombros.

El teniente añadió:

—Usted mismo admite que no había nadie en el parque, que no apareció nadie a pesar de los estampidos de las pistolas. Así que a ver cuál es la gran idea, ¿eh?

—Aparecerán en alguna parte, teniente. Si no están en el parque es que alguien se los llevó, aunque maldito si puedo imaginar por qué. Pero dos cuerpos no se esfuman en el aire, así que en alguna parte aparecerán.

Langdon soltó un gruñido. A pesar de su actitud, estaba desconcertado.

—De acuerdo, McGee. Voy a darle crédito... hasta cierto límite. Ocúpese de este asunto. Trate de averiguar quiénes eran esos dos hampones, para quién trabajaban o si operaban por su cuenta. Todo lo que pueda. Y cuando vuelva usted aquí dígame algo más de esa mujer que según usted también desapareció como el humo...

McGee le observó un instante, alarmado. Pensó que el teniente no creía ni la mitad de lo que había contado, pero si era así tampoco comprendía la actitud de su jefe.

—Muy bien, teniente. ¿Qué hay de mi revólver?

—Está en «balística». Vaya y que se lo devuelvan. He pedido que disparen un par de plomos, por si hay que compararlos con otros... alguna vez.

—Ya veo...

Salió refunfuñando y fue en busca de su fiel «38». De todos modos la cosa no había sido tan mala como imaginara en un principio.

—¿Bugsby? Tiene un apartamento arriba, pero apenas si para en él.

La mujer había dejado quieta la escoba y miraba a McGee con el ceño fruncido. El insistió:

—¿Quiere decir que vive en alguna otra parte?

—Mire, no sé si vive en otra parte o en el infierno. A mí me paga regularmente y eso es todo lo que me importa. Y a todo eso, ¿para qué quiere ver al señor Bugsby?

McGee se encogió de hombros.

—Necesito verle, eso es todo. A él o a Abraham Peters. Trabajan juntos, ¿le conoce usted?

—No. ¿Peters? No, no recuerdo ese nombre.

—Es igual. ¿Desde cuándo Bugsby tiene alquilado ese apartamento?

—Hace dos años o así. Y ya he respondido a más preguntas de las que debiera. Adiós, amigo.

Volvió a darle a la escoba, levantando una nube de polvo en los escalones de la entrada.

McGee agarró la escoba y obligó a la mujer a parar otra vez.

—Está bien, señora, ya hemos dado bastantes rodeos.

Le mostró sus credenciales y la mujer arrugó el ceño.

—¡Un polizante! Vaya. No me va a decir que el señor Bugsby se ha metido en algún lío... —Pudiera ser. Aclaremos algunos puntos si no le importa. Primero, ¿desde cuándo no vive regularmente en el apartamento?

—Oh, eso... hace seis meses poco más o menos, desde que encontró un trabajo regular.

—¿Qué trabajo, dónde?

—Eso nunca lo dijo. Pero tenía alojamiento y todo, no vaya usted a creer.

—Sin embargo, mantuvo el apartamento.

—Ya le digo, sigue pagando el alquiler, así que...

—Bien, quiero ver ese apartamento. Puedo pedir un mandato judicial, en cuyo caso haré que lo precinten una temporada, o usted puede facilitarme la entrada ahora. Elija. —Ustedes, los polizontes, se creen... Imagine que el señor Bugsby nos sorprende en su apartamento. ¿Cómo quedo yo? Incluso podría demandarme.

—No lo hará.

—Eso dice usted.

—No puede hacerlo. Está muerto.

La mujer dio un respingo. La escoba escapó de sus dedos y McGee se inclinó a recogerla. —¿El señor Bugsby?— balbuceó—. ¿Muerto?

El cabeceó.

Diez minutos más tarde entraba en un apartamento reducido, que estaba pidiendo a gritos una limpieza a fondo. Olía a moho, a polvo, a lugar cerrado demasiado tiempo. McGee abrió las ventanas y miró en torno. Era un refugio impersonal, frío e inhóspito. Inició un registro metódico sin encontrar nada interesante. Sólo en un

cajón vio un puñado de cartuchos calibre «45» y eso fue todo.

Encendió un cigarrillo parado junto a la ventana, dejando vagar la mirada por el sombrío panorama de la calle miserable y sucia.

Estuvo allí todo el tiempo que tardó en apurar el cigarrillo, reflexionando a toda presión. No llegó a nada práctico.

Cerró la ventana disponiéndose a abandonar el cuchitril. Era lógico que no hubiera nada comprometedor. Bugsby había sido un profesional, y si vivía en otro lugar cualquiera era allí donde, en todo caso, existiría alguna pista.

Ya se dirigía a la puerta cuando dio un vistazo al teléfono, a la revista pornográfica que había al lado, y a las hojas en blanco de una libreta de notas.

Aunque una de ellas no estaba en blanco. Unos leves trazos a lápiz formaban un número de teléfono, aunque a juzgar por el aspecto debían haber sido anotados meses atrás. Muchos meses atrás.

McGee arrancó la hoja y salió profundamente decepcionado.

Descubrir el refugio del pistolero muerto no le había servido de nada.

CAPÍTULO V

El joyero irguió la cabeza y clavó sus ojos astutos en McGee.

—Es un buen diamante —dijo—. ¿Quiere venderlo?

El policía fingió titubear.

—No sé, de momento quisiera saber lo que vale.

—Podría pagarle hasta cinco mil dólares.

Dio un respingo.

—¿Cinco mil pavos? —Gruñó.

El joyero volvió a examinar la piedra. La sostuvo a la altura de los ojos en una mímica perfectamente inútil, por cuanto sabía perfectamente lo que tenía entre los dedos.

—Bien, tal vez pudiera subir un poco el precio. Digamos cinco mil quinientos. ¿Le parece bien?

McGee tendió la mano y recuperó el pedrusco.

—Lo pensaré —dijo—. Yo creí que valía más.

—Eso es todo lo que puedo pagarle.

—Gracias de cualquier modo. Si decido venderlo volveré por aquí.

Salió sintiendo un nudo en la garganta. Si la oferta eran cinco mil quinientos, sin ninguna duda el diamante valía mucho más.

Y había todo un puñado de ellos en su apartamento. Una auténtica fortuna. ¿Quién diablos era aquella mujer?

Subió al coche y condujo rumbo a su apartamento.

Abrió la puerta con la llave, entró y por unos instantes escuchó el silencio. Temió, sobresaltado, que ella se hubiera marchado, pero la encontró sentada en su salita con un libro en las manos.

La muchacha se levantó al verle. Dejó escapar el aliento retenido y murmuró:

—Me asusté cuando oí la puerta.

—Siéntate, no tienes nada que temer mientras estés aquí.

Se quedó mirándole, interrogante. El esbozó una sonrisa.

—Ya sabemos que eres una mujer rica —comentó sentándose a su lado—. Esos diamantes que estuviste a punto de dejar tirados en el parque valen una fortuna.

—¿Estás seguro?

McGee sacó el que llevaba en el bolsillo.

—Me han ofrecido cinco mil quinientos dólares por él, por consiguiente es que vale más. Y, si no conté mal, hay dieciocho de esos pedruscos en ese collar roto, además del cierre, que ahora no me sorprendería que fuera platino. ¿Qué te parece?

—No sé, estoy desconcertada...

El sacudió la cabeza.

—Es lo menos que puedes estar. Llevabas encima más de cien mil dólares como si nada.

¿No consigues recordar algo de ti?

—En absoluto. Y te juro que lo he intentado. Es inútil.

—Debe verte un médico cuanto antes. Pero uno que, además de médico, sea discreto.

Me ocuparé de eso cuando vuelva a salir.

—¿Qué pasó cuando informaste de lo sucedido?

—Oh, bueno, hubo rayos y truenos. El teniente Langdon es así, pero no salió tan mal como pensaba. Logré dejarte al margen de momento, por lo menos hasta saber un poco más sobre ti... y de esa sangre.

—Ya no... Quiero decir que me duché. No podía soportar eso.

—Lo comprendo. ¿Comiste algo?

—Un poco. Tienes todo un surtido. El se echó a reír.

—Me acostumbré a valerme solo y los restaurantes son demasiado caros para un policía novato. Voy a prepararme algo y luego volveré a patear las calles.

Mientras calentaba algo de comida le contó lo que había descubierto sobre el pistolero que intentó asesinarla.

—Era un lobo solitario —dijo al final—. Por lo menos hasta que encontró un trabajo fijo, aunque ignoro de qué clase. Debía alojarse en algún otro sitio, pero mantenía ese refugio destartalado.

—¿Y el otro?

—Se llamaba Peters, ya lo oíste, pero de ése aún no he conseguido saber nada.

Comió apresurado. Ella le observaba con sus grandes ojos

inquietos.

Cuando se levantó, la muchacha susurró:

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Quiero averiguar a quién pertenece un número de teléfono, y encontrar un médico que pueda ocuparse de ti. ¿Te sientes bien, no te duele la cabeza?

—Ya no, sólo esa sensación de vacío, de soledad.

—Ya arreglaremos eso...

Fue a depositar el diamante junto con los otros. Se quedó unos instantes quieto, mirándolos. Una mujer capaz de llevar con semejante descuido un collar de más de cien mil dólares debía ser «alguien» sin duda.

Más intrigado que nunca abandonó el apartamento, después de recomendarle de nuevo que no abriera la puerta ni diera señales de vida.

—Aunque aquí estás segura —terminó—, esos chacales deben seguir buscándote por toda la ciudad.

—Tendré cuidado.

Quedaron mirándose junto a la puerta. Al fin, McGee inclinó la cabeza y la besó en la boca. Esta vez puso mucho más entusiasmo y confianza que la primera.

Resultó. Los dos saborearon el beso profundamente, hasta quedarse sin aliento.

Después, McGee salió y cerró la puerta con llave.

Detrás de aquella puerta dejaba algo que estaba convirtiéndose en el más bello sueño que hubiera tenido nunca.

Desconcertado, miró la entrada del viejo edificio comercial, un mastodonte de ladrillo que se alzaba en la esquina acribillado de ventanas polvorientas.

Entró en el amplio vestíbulo. En una pared había un panel subdividido en pequeños rectángulos, en los que constaban los nombres de los inquilinos de los despachos. Nombres comerciales la mayoría, pero también leyó los de algunos médicos, dentistas, abogados y otros cuya profesión era un misterio.

Pero no pudo encontrar el que buscaba.

Volvió a leer el nombre anotado en un papel, el nombre del propietario del número de teléfono:

«Harry Haines»

Decididamente, no estaba en el panel.

Miró en torno. Más allá de la batería de ascensores había una puerta con un rótulo:

«Administrador»

Fue hacia ella y la abrió, asomando la cabeza.

Una pequeña antesala desierta, con un par de sillas y una mesa con revistas viejas fue todo lo que vio.

Cerró tras él y atravesó la salita. Otra puerta. En ésta llamó con los nudillos. Una voz gruñó al otro lado:

—Pase.

Entró. El hombre sentado ante una mesa levantó la mirada.

—¿Qué puedo hacer por usted?

McGee avanzó hasta él.

—Busco a uno de sus inquilinos. Se llama Harry Haines.

Vio cómo el hombre arrugaba el ceño.

—¿Haines? Ya no está aquí, cerró el negocio.

—¿Cuándo?

—Hace meses... seis o siete, creo.

—¿Cuál era su negocio?

De nuevo el administrador arrugó el ceño.

—Hace usted muchas preguntas. Qué pasa, ¿es usted policía o qué?

—Premio —sonrió McGee.

Le mostró su credencial. El otro suspiró.

—Pues ha lllagado tarde. Desde que cerró la tienda no he vuelto a saber una palabra de Harry Haines.

—Ese negocio...

—En cierto modo era competidor suyo, amigo. Detective privado, aunque con poco trabajo si vale mi opinión.

—¿Y hace siete meses que lo dejó?

—Algo así, quizás un poco más. Habría de consultar mis ficheros.

—Entonces, ¿cómo explica usted que su teléfono continúa a ese nombre?

—Eso no lo sé, aunque si es así deben haberlo desconectado

hace tiempo por falta de pago. El despacho sigue sin alquilar desde que él lo dejó. Ése y muchos otros —añadió con una mueca de fastidio—. En estos tiempos no hay iniciativas, ¿comprende? Antes cualquiera se atrevía a establecerse, a intentar algo, cualquier cosa, pero ahora...

McGee soltó un gruñido que no le comprometía a nada. Luego siguió con lo suyo.

—¿Trabajaba solo o tenía empleados?

—¿Haines? Bueno, últimamente empleó una secretaria, aunque imagino que sería para impresionar a los clientes. Una gran chica.

McGee se animó.

—¿La conoce usted?

—Claro, sigue trabajando aquí, en la oficina de un abogado.

McGee anotó el nombre de la chica y del abogado, se despidió y salió disparado. Tras él, dejó al quejoso administrador sumido en sus quebrantos de cabeza.

El despacho del abogado estaba en la sexta planta. Empujó la puerta y se coló a la sala de espera.

Una muchacha dejó de teclear en la máquina de escribir y le sonrió sin calor.

El dijo:

—Gertie Mars, ¿es usted?

Ella sacudió la cabeza.

—Yo soy Bárbara. Gertie trabaja allá dentro... con el jefe.

—¿Puede llamarla? Necesito hablar con ella.

—¿Asunto privado o profesional?

Con un suspiro de resignación, él mostró la credencial viendo cómo la bonita rubia desorbitaba los ojos.

—¡Policía! —exclamó—. Oiga, qué pasa con Gertie, ¿se ha metido en líos?

—Que yo sepa, no.

La rubia sonrió maliciosamente.

—Entonces es un asunto privado, ¿eh? Y con un policía... Y parece tan seria, para que se fíe una.

El se echó a reír.

—No da usted una, hermana. ¿Puede llamarla o no?

—Seguro, aunque eso no le gustará al gran jefe blanco.

Manipuló en un intercomunicador. Su voz fue extremadamente

dulce cuando anunció:

—Gertie, querida, hay aquí un policía que pregunta por ti.

Una voz metálica replicó:

—¿Policía?

—Seguro, he visto su chapa. Aunque no lo parece, es muy joven.

Muy «atractivo» me parece a mí.

McGee sintió que se ruborizaba y se maldijo por ello. La rubia sonreía más que nunca. La voz metálica dijo a través del aparato:

—Hazle pasar.

La rubia señaló la puerta interior sin dejar de sonreír.

—Usted mismo. Ella le espera.

McGee empujó aquella puerta. Una mujer de unos veintiocho años, alta y esbelta, se levantó para recibirle.

Era muy bonita, y él captó inteligencia además de belleza en su rostro y en sus grandes ojos oscuros.

—Me llamo McGee —dijo—. Esa recepcionista rubia me parece que me ha tomado un poco la cabellera.

—Bárbara es así. Dijo que era usted de la policía.

—Sí.

—¿Puede demostrarlo?

—Claro.

Volvió a mostrar sus credenciales, que ella examinó con calma y detalle, tomándose tiempo.

—Muy bien. ¿En qué puedo ayudarle?

—El administrador de este edificio acaba de decirme que usted trabajó para un tal Harry Haines, hace algún tiempo.

—Es cierto, aunque no estuve con él más que dos meses.

—¿Cómo es eso, la despidió?

—Cerró la oficina.

—¿Después de sólo dos meses de haber contratado una secretaria? Cualquiera creería que pensaba seguir con el negocio.

Ella suspiró.

—Siéntese —invitó—. Creo que usted no sabe nada de Haines.

—Ni una palabra. Por eso he venido a verla.

—Bueno, era un detective del montón. Trataba de especializarse en algo, divorcios, vigilancias, protección, lo que fuera. Mi opinión es que era bastante bueno en lo suyo, pero no tanto como para destacar. Cuando me contrató dijo que lo hacía porque el negocio

iba viento en popa y necesitaba una secretaria que atendiera a los visitantes cuando él estuviera trabajando. No era cierto, naturalmente. El pensó que una secretaria le daría cierta clase ante los posibles clientes...

—¿Hubo muchos en esos dos meses que usted trabajó con él?

—Tres o cuatro a lo sumo. Y entonces, de repente, una mañana me dijo que cerraba el negocio, que le habían contratado de modo permanente y que ya no me necesitaba.

McGee aguzó la atención.

—¿Quién le contrató?

—Eso no lo dijo. Ni yo le pregunté, naturalmente. Pero por lo que entendí, era un trabajo de protección permanente.

—Eso parece lo mismo que hizo Bugsby. ¿Recuerda usted a John Bugsby?

Ella reflexionó unos instantes.

—No —dijo al fin—. No creo haber oído ese nombre mientras trabajé con Haines.

—¿Y el de Abraham Peters?

—Ése sí.

McGee pegó un respingo.

—¿Quién era?

—Colaboraba con Haines de un modo esporádico. Ya sabe, en vigilancias prolongadas, seguimientos, cosas así.

—¿Le conoció usted personalmente?

—Creo que le vi un par de veces. No me gustó.

—¿Sabe dónde vivía, a dónde le llamaba Haines?

—Bueno, debía tener un teléfono, pero en cualquier caso quedó en la oficina cuando yo cesé en el empleo. Había ficheros, archivos y todo lo demás, pero supongo que Haines se lo llevaría. La oficina quedó vacía, puesto que está por alquilar todavía.

—Está bien, ya lo buscaré por otro lado. ¿Dónde vivía su jefe, lo sabe?

—Eso sí. Estuve una vez en su casa. Tenía un *bungalow* en Laurel Drive. Creo que lo heredó, de modo que era propiedad suya. El número era el ciento treinta.

McGee lo anotó. Se quedó unos instantes pensativo y acabó levantándose.

—Ha sido usted una gran ayuda, señorita Mars. Gracias.

—Ahora sea usted bueno y dígame qué pasa con Haines. ¿Ha hecho algo fuera de la ley?

—Lo ignoro. Quiero verlo en relación con ese Bugsby de que le hablé antes...

Estrechó la mano de la joven y abandonó el despacho.

Tras él, al salir al pasillo, quedaron los ojos interesados de la pizpireta recepcionista rubia. McGee desperdició una ocasión de oro para conocerla mejor.

Sólo que tenía otras cosas en que pensar, entre ellas su bellísima desconocida.

CAPÍTULO VI

McGee se apeó del coche y contempló el reducido jardín, descuidado y sucio. El viento había amontonado hojas secas en los extremos y junto al seto que no había sido recortado en meses.

La casa era pequeña, pero de excelente construcción, aunque también mostraba señales de abandono. Después miró en torno, a la amplia calle desierta, con algunos coches estacionados junto al bordillo, y los árboles frondosos que sombreaban los jardines vecinos, mucho mejor cuidados que el de Harry Haines.

Al fin atravesó el prado de césped amarillento y llamó a la puerta sin ningún resultado. Volvió atrás y abrió el buzón que había junto a la entrada. Estaba completamente vacío.

La calle continuaba desierta. No había nadie tampoco en los jardines cercanos, como si las casas estuvieran deshabitadas. Era un barrio tranquilo en un distrito de medio pelo.

Volvió hacia la casa y esta vez caminó en torno a ella. El garaje lateral estaba vacío y la ventana por la que atisbó, abierta de par en par. Una rueda de recambio vieja, un banco con trapos sucios encima y una manguera era todo lo que guardaba.

Siguió alrededor de la casa. La parte posterior contenía una barbacoa con viejos restos de carbón, una mesa con la pintura descascarillada y algunas sillas plegables abandonadas aquí y allá con descuido.

Allí el seto había crecido tanto que formaba una barrera desigual de casi dos metros de altura. No pudo ver nada del jardín vecino.

Por consiguiente, tampoco los vecinos podrían ver nada.

Se dirigió a la puerta trasera. Abrió la mosquitera y probó el tirador. Estaba cerrada. Bien, pensó que el fin justifica los medios en ciertos casos y cinco minutos más tarde la había abierto sin grandes dificultades.

Se coló a una cocina reducida, pero muy bien equipada, aunque

sucia y mal oliente a causa del tiempo que llevaba cerrada. En pocos minutos hubo recorrido toda la casa, asegurándose de que no había nadie en ella y descubriendo, en un habitación limpia de muebles, lo que debía ser el archivo profesional de Haines.

Era lo que andaba buscando.

El fichero contenía cientos de fichas en blanco, como puestas allí sólo para darle cuerpo, por cuánto las que tenían datos anotados eran bien pocas.

Sacó éstas revisándolas una a una, leyendo nombres que no le decían nada, datos del género de investigación, y la contraseña que indicaba el *dossier* relativo a la misma que estaba en los archivos.

Buscaba las fichas con los datos de los últimos tiempos de actividad del investigador privado.

Inesperadamente, un nombre saltó a sus ojos como un golpe:

Abraham Peters.

Había el domicilio, un teléfono y unas notas al pie, muy expresivas y que le dieron mucho qué pensar, porque detallaban dos asaltos a mano armada y un asesinato, con nombres de las víctimas y lugares en que ocurrieron. El autor había sido Peters.

McGee silbó entre dientes. Haines debía atesorar esos datos para controlar a Peters en cualquier eventualidad, obligándole a obedecer. En una palabra, en manos de Haines, Peters era un esclavo.

Los últimos casos de Harry Haines habían sido dos vigilancias para una demanda de divorcio, un seguimiento de una menor, y la custodia, durante dos días y dos noches, de un establecimiento de joyería.

La última ficha estaba escrita con bolígrafo, y todas las otras a máquina, lo que indicaba que la había rellenado de modo provisional, en espera de ver qué resultaba de la llamada.

Había sólo un nombre y un número de teléfono:

Anthony Loomis.

Se guardó ésta en el bolsillo y buscó en los archivos por si aparecía alguna carpeta con este nombre. No había ninguna.

Más intrigado que nunca realizó un rápido registro del resto de

la casa. Había ropas en un armario del dormitorio, pero nada más que pudiera indicarle el paradero del propietario, ni qué trabajo era el que realizaba, ni dónde.

Salió al jardín posterior sin tropiezos. El allanamiento de morada era un delito penado por la ley, pensó filosóficamente. Habría que oír al teniente...

Regresó al coche y tomó rumbo a la dirección de Abraham Peters, deseando fervientemente que allí tuviera más suerte.

La tuvo en cierto modo.

Sólo en cierto modo.

Llamó a la puerta del apartamento convencido de que no obtendría respuesta, puesto que el inquilino estaba muerto, tirado en alguna parte.

Por eso casi saltó hacia atrás cuando la puerta giró y la mujer apareció en el umbral.

La mujer era una visión en rojo que quitaba el aliento.

Cabellos rojos, suéter rojo que peleaba sin esperanza contra las agudas y descaradas cumbres de los pechos y dejaba el liso estómago al descubierto.

Aunque en otro tono, también eran de color rojo los breves *shorts* que se aferraban, golosos, a los bien rellenos muslos.

Calzaba sandalias abiertas y las uñas de sus pies estaban pintadas de rojo sangre.

McGee deslizó la asombrada mirada arriba y abajo de aquella sucesión de curvas, de piel dorada, de tonos rojos y ojos descarados que le examinaban a él sin apasionamiento, aburridos, viejos de mil años como si ya hubiesen visto todo lo bueno y malo de este mundo.

—Si ha terminado de palparme con la mirada quizá quiera decir algo —te espetó ella de pronto—. Por ejemplo, por qué diablos ha llamado a la puerta.

McGee tragó saliva.

—No esperaba encontrarme con usted.

—Eso se nota.

—Tal vez equivoqué las señas.

—Quizá. Adiós.

Hizo ademán de cerrar la puerta. El lo impidió introduciendo el pie en la rendija y empujando tocia adentro.

—No se precipite. Soy policía.

—¿Y qué?

No parecía impresionada ni mucho menos.

—Abraham Peters —dijo, desconcertado—. Es él quien ocupa este apartamento, si no me equivoco.

—Ocupaba.

—Explíqueme eso. Pero no aquí. Voy a entrar.

La apartó a un lado. Notó en los dedos el contacto de la piel tersa de su brazo y se estremeció.

Ella cerró la puerta y se quedó mirándole de mala manera.

—Si cree que por ser policía voy a ponerme a temblar, olvídalo. Los he lidiado peores que usted.

—Se nota.

—¿Qué?

—Tiene usted aplomo suficiente para entendiérselas con todo un regimiento de policías. Y ahora dígame qué significa eso de que Peters ya no vive aquí.

—Oh, bueno, sigue pagando el apartamento. Y viene alguna que otra vez, cuando recuerda que yo existo, o cuando me necesita y no tiene ninguna golfa por ahí. Pero hace meses que se largó.

—¿A dónde?

—No lo sé. Según él, es un trabajo importante, delicado y todo eso. Para un tipo delicado como una apisonadora no deja de ser divertido, pero eso es lo que él asegura.

—¿Vive en el mismo lugar donde trabaja?

—Supongo, ya que es evidente que no vive aquí, aunque el apartamento es suyo.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace un mes, quizá... algo así. Oiga, polizonte, qué pasa, ¿van a detenerlo o qué?

—No creo.

—Mire, necesito saberlo. Si le trincan se acabó el momio de este apartamento, porque yo no voy a pagar la barbaridad de alquiler que cobran aquí, así que no se ande por las ramas. Van a trincarlo, ¿no es cierto?

—No, pero el momio, como usted dice, se le acabó igualmente. ¿Quién podría decirme dónde trabaja Peters? Alguien debe saberlo.

La pelirroja pasó por su lado y balanceó las nalgas de manera

delirante hasta detenerse junto a una mesa en la que había botellas y vasos. Se sirvió una larga ración de mal *whisky* y con el vaso en la mano se volvió.

—No voy a decirle una palabra más, polizonte. Abby es quien paga mis gastos, no usted.

—Abby... ¿Es Peters?

—Claro que es él.

Bebió como si estuviera sedienta. Carraspeó un poco, volvió a beber. Clavó los ojos en el policía y dijo:

—Ahora ya lo sabe. Puede largarse al infierno con lo que yo le diga.

McGee sacó un cigarrillo y lo encendió con calma. Lanzó una bocanada de humo y dijo pausadamente:

—Abraham Peters está muerto.

Ella volvía a beber. La noticia la pilló tan desprevenida que el vaso escapó de sus dedos y empezó a toser, ahogándose con el *whisky*.

McGee añadió con la misma voz tranquila:

—De un balazo. Anoche.

La pelirroja hubo de apoyarse en la mesa. Sus largas y bien torneadas piernas apenas podían sostenerla.

—¿Mu... muerto? —balbuceó.

Estaba lívida.

—Ya lo oyó, así que empiece a hablar o encontraré la manera de meterla a usted en el lío. No sé cómo, pero lo encontraré así tenga que jurar que usted le disparó el pistoletazo.

Ahora la pelirroja estaba desarbolada. Todo su cinismo se había esfumado.

—¡Usted no puede hacerme esto a mí!

—¿De veras cree que no?

Lo pensó. McGee casi podía seguir el curso de sus pensamientos a través del pánico que crecía por momentos en sus ojos.

Sacudió la cabeza.

—No lo hará —masculló entre dientes—. Ni siquiera sabía que estuviera muerto...

—¿Dónde trabajaba, con quién?

—No lo sé. ¡Le juro que no lo sé! Nunca me lo dijo, sólo sé que es alguien muy importante.

—¿Quién puede saberlo? Amigos suyos, cómplices, quién sea, alguien debe estar enterado.

—Tal vez... No sé, quizá Bugsby.

—John Bugsby también está muerto, no me sirve.

Ella se estremeció.

—Muerto...

—¿Quién más, Haines quizá?

—¿Haines?

—Eso dije. Vamos, decídase.

—Hace meses que no oía ese nombre. Antes, Abby hacía algunos trabajos para alguien llamado así. Es todo lo que sé.

—¿Quién es Loomis?

—No sé. Nunca oí ese nombre.

—¿Qué es lo que sabe entonces? Lleva meses, años tal vez viviendo con Peters. Algo debe saber de él y de sus manejos. Era un pistolero, un delincuente, no una hermana de la caridad.

—Eso dice usted.

—Bueno, hermana, se la buscó.

Ella dio un respingo.

—¡Eh, no puede liarme a mi en sus malditos embrollos!

McGee iba a replicar cuando una llamada a la puerta lo impidió. Por un instante quedaron mirándose. El murmuró:

—¿Esperaba a alguien?

—A nadie.

La llamada se repitió, ahora impaciente.

McGee se apartó a un lado.

—Vaya a abrir. Y olvídense de que estoy aquí o lo pasará mal.

La pelirroja suspiró.

—Las cosas que me pasan a mí...

Se dirigió a la puerta y la abrió de golpe. Había dos hombres allí. Uno la empujó sin contemplaciones, entraron y el otro cerró de golpe.

La pelirroja exclamó:

—¡Hoy tengo el día! ¿Qué se les ha perdido aquí?

La contemplaron descaradamente, de arriba abajo, tomándose tiempo. Uno gruñó:

—No nos dijeron que la dama era así...

—Bueno, si ya vieron lo que querían, largo de aquí.

—¿La oyes, Harry? Hasta sabe hablar.

Volvieron a empujarla, obligándola a regresar a la desordenada salita. Asustada, la pelirroja miró en torno buscando a McGee, pero del policía no había ni rastro. Desconcertada, se disponía a gritar llamándole, cuando el que hablara antes dijo:

—Ya que sabes hablar, vas a responder una pregunta, encanto. ¿Quién ha venido a preguntar por Peters?

Ella boqueó. El miedo se convertía en pánico ahora.

El tipo sonrió.

—Antes hablaste, así que no eres muda. ¿Quién?

Volteó la mano y la bofetada tiró a la muchacha contra la mesa. Las botellas cayeron al suelo con estrépito de cristales rotos y ella lanzó un grito.

Harry barbotó:

—Sabemos que un poli estuvo preguntando en casa de Bugsby. De allí no pudo sacar nada, pero si viene aquí tú sí puedes charlar por los codos. ¿Eh, qué te parece? —¡Maldito hijo de perra! Me has golpeado...

—No es eso lo que te pregunté.

Harry gruñó:

—Al parecer no sabe nada del poli. Eso no ahorra trabajo.

Hundió la mano en la axila y la sacó empuñando una extraña pistola equipada con silenciador.

El otro le imitó. Complacido por el terror que ahora desbordaba de la muchacha, cacareó:

—Lástima tener que hacer eso sin divertimos antes un poco, nena. Adiós.

La voz de McGee ladró desde la puerta de la cocina:

—¡Suelten las pistolas, pronto o disparo!

Se volvieron como rayos. Harry apretó el gatillo y la pistola apenas produjo un sordo bufido. Pero la bala al pegar contra el marco de la puerta estalló como una pequeña bomba.

McGee dio un salto disparando a su vez. Su «38» retumbó como un cañón entre las paredes.

Harry soltó la pistola llevándose las manos a la cara. Mientras caía hacia atrás, la sangre saltó entre sus dedos.

El otro disparó dos veces. Su pistola también llevaba silenciador, pero las balas eran normales, no explosivas como las de su

compañero. Una zumbó junto al oído de McGee y la otra hizo añicos una lámpara que había a su lado.

McGee apretó el gatillo, de rodillas en el suelo. La bala le pegó al pistolero bajo el mentón, de abajo arriba. La mitad del cráneo saltó por los aires y él se fue dando tumbos hasta la pared, donde golpeó con lo quedaba de su cabeza antes de desplomarse.

La pelirroja los miró. Lanzó un agudo alarido, sus piernas se doblaron y cayó hecha un ovillo.

McGee se irguió. Las piernas le temblaban. Fue hacia el primero que había disparado y miró el arma caída a su lado.

Era una *Steik* calibre «9». Sintió un escalofrío con sólo imaginar que una de sus balas rompedoras le hubiera acertado.

Maldijo en voz alta, mientras más allá de la puerta sonaban gritos y alguien llamaba a la puerta con golpes semejantes a martillazos.

Enfundó el revólver, sacó su credencial y fue a abrir.

—Policía —chirrió entre dientes—. Dejen de alborotar de una condenada vez. Dos hombres y varias mujeres le miraron espantados. El cerró de golpe y regresó al lado de la muchacha.

—Hermana, esta vez te faltó poco...

No la tocó. Dominando el temblor, las náuseas y la cólera descolgó el teléfono y llamó al teniente Langdon.

Pensó que esta vez su jefe no tendría dudas sobre contra quién había disparado.

CAPÍTULO VII

Habían llevado a la pelirroja al dormitorio, dejándola tendida en la cama. El médico forense pareció más interesado en las curvas de su anatomía que en el estado de su forzada paciente. Tras él, Langdon farfulló:

—No vaya a acostarse con ella, *Doc*. Sólo ocúpese de que pueda hablar, no le pido más.

—Tiene usted una mente obscena, teniente.

—Puede, pero esa dama sólo está desmayada. No tiene contusiones ni huesos rotos, ¿sabe?

Se volvió hacia McGee.

—Ahora me ocuparé de usted —refunfuñó.

McGee asintió. Estaba pálido, pero a medida que la calma volvía a él sentía crecer su desconcierto por todo lo que estaba sucediendo en el extraño asunto.

Fuera, en la salita, los fotógrafos terminaban su trabajo. Habían llegado los camilleros y la ambulancia, y esperaban autorización para llevarse los cadáveres.

Langdon fue a dar un vistazo, asegurándose de que todo estaba en orden allí. Luego dijo que se llevaran los cuerpos sin esperar a que el médico saliera del dormitorio. Uno de los peritos le mostró la *Steik*, que sostenía protegiéndose la mano con un pañuelo.

—Una joya, teniente —comentó—. Una bala de este juguete puede partirla a uno por la mitad. Estallan como bombas.

—Ya vi el destrozo en la puerta. Es la primera vez que tropiezo con pistoleros profesionales armados con esta clase de pistola. Llévela a balística.

—McGee tuvo una suerte loca. Si le hubiesen acertado ahora estaríamos recogiendo sus pedazos por todo el apartamento.

—Largo. McGee siempre ha sido un tipo afortunado. Dígamelo a mí...

El médico apareció con el maletín en la mano. Tras él, McGee se quedó en el umbral del dormitorio.

—La tiene a punto, teniente —cacareó el forense—. No me importaría interrogarla yo un buen rato.

Se fue riendo entre dientes. Langdon soltó un gruñido, miró a McGee de mala manera y entró en el dormitorio.

La pelirroja ladeó la cabeza y sus ojos turbios y asustados se fijaron en él.

—Supongo que ya sabe que esos monos habían venido a matarla —le espetó sin rodeos—. Eran socios de su amante.

Ella sacudió la cabeza. No habló, sólo el miedo en sus ojos...

—Empecemos por usted. ¿Cómo se llama?

—Sally.

—¿Y...?

—Blue, Sally Blue.

Langdon soltó un bufido.

—Le pregunté su nombre auténtico, no su nombre de guerra.

—Lo crea o no, me llamo así... tengo los documentos en el bolso... allí.

—Qué cosas. ¿Había visto alguna vez a alguno de ellos?

—No, por supuesto que no.

—¿En qué trabajaba Peters?

—No lo sé. Ya le dije a ese otro policía que nunca lo mencionó, parecía ser algo confidencial.

McGee se disponía a intervenir, pero el teniente le cortó con un gesto y gruñó:

—¿Cómo pagaba el alquiler, en metálico, con cheques, o le daba el dinero a usted?

—Creo... creo que por medio de cheques.

—¿Dónde están los recibos, los guarda?

—Ahí, en ese cajón.

Langdon los buscó. Entregó uno a McGee y ordenó:

—Es un administrador, McGee. Agárrese al teléfono y averigüe en qué banco son hechos efectivos. Quiero encontrar esa cuenta y ver quién ingresa el dinero.

McGee se dirigió al teléfono reprochándose que eso no se le hubiera ocurrido a él. Langdon fue a sentarse en el borde del lecho. Sacó cigarrillos y le ofreció uno a la muchacha. Tras encenderlos

dijo:

—Ya vio lo que están dispuestos a hacer con usted, de modo que si sabe algo que pueda conducirnos a quien sea que organiza este negocio y lo calla merece que la próxima vez tengan más éxito.

Expelió el humo, esperando. Ella fumó también con la mirada perdida en un punto indeterminado del techo.

Hasta que murmuró:

—Le juro que no sé nada de eso. Se lo diría si lo supiera. Pero hay algo que tal vez sirva para usted.

—Suéltelo. No tengo todo el día disponible.

—Es algo que Abby... Peters, dijo la última vez que estuvo aquí, hace tres o cuatro semanas.

Aspiró el humo y sus ojos buscaron la cara sombría del policía.

—El dijo que dentro de poco podríamos tomarnos unas vacaciones en Florida. Viviríamos por todo lo alto sin tener que preocuparnos del dinero. Unas largas vacaciones, asegurado.

—El ya las tiene —gruñó Langdon, implacable—. ¿Cómo iba a obtener tanto dinero, asaltando un banco?

—Por lo que entendí, era el pago por el trabajo que estaba haciendo.

Langdon pensó sobre eso. Distraídamente, sus ojos se pasearon por encima del cuerpo de la pelirroja. También pensó que era un cuerpo como para investigarlo con calma.

Pero al hablar lo hizo con la misma voz brusca de antes.

Dijo:

—Sabiendo la clase de pájaro que era Peters, podemos suponer que ese dinero no se lo pagarían por un trabajo normal y decente... éstos siempre están mal pagados.

¡Maldita sea! Tenemos que descubrir en qué estaba metido.

Ella siguió mirándole asustada, pero no replicó.

El acabó por levantarse y dando unos pasos de un lado a otro expelió el humo como una caldera a presión.

—Nada tiene sentido en este condenado asunto —refunfuñó, como hablando para sí—. ¡McGee!

Éste asomó por la puerta.

—Ya lo tengo —anunció—. Los cheques eran contra el Continental Shaving Bank.

—¿Todos?

—Desde hace siete meses, sí. Antes, unas veces pagaba con cheques contra ese banco, o en metálico, cuando se retrasaba en el pago.

—Pero desde hace siete meses no se había retrasado...

—No, señor.

—Hay que averiguar qué saldo hay en esa cuenta bancaria, y quién ingresaba el dinero. Si era Peters en persona no adelantaremos nada, pero quizá ahí alguien haya cometido un error.

—Entiendo; me ocuparé de eso, teniente.

—Antes, repita toda la historia. Todo lo que estuvo haciendo desde que salió de mi despacho esta mañana.

Resignadamente, McGee hizo un escueto relato de sus andanzas. Langdon, más sombrío que nunca, esperó a que terminara y sólo entonces le espetó:

—Debería echarle encima a los sabuesos del departamento de Disciplina Interior.

—Oiga, teniente, yo no...

—Acaba de decirme que violentó una puerta y registró una casa sin mandato judicial.

Allanamiento es la palabra exacta. Y total para no sacar apenas nada.

McGee dio un respingo. Se puso rojo.

—¿Nada? —Casi gritó—. Si no lo hubiese hecho no habría averiguado la dirección de Peters y ahora esa chica estaría muerta. ¿A eso le llama usted no conseguir nada? —No me grite, tengo un oído estupendo, McGee.

—Lo siento.

—Qué diablos lo siente... Lárguese a ese banco y a ver qué saca en limpio. Y cuando termine ocúpese de ese otro individuo cuyo nombre también encontró en casa de Haines.

—¿Loomis?

—Ése.

McGee asintió y girando sobre los talones se encaminó a la puerta.

Estaba a mitad de camino cuando el teniente le espetó:

—¿No tiene que decirme nada respecto a la mujer del parque?
Se detuvo en seco.

—Nada, teniente. Sigo sin saber una palabra de ella.

—Qué cosas...

McGee salió como si le persiguieran.

Langdon aún permaneció unos instantes mirando la puerta cerrada, con una curiosa expresión en su rostro ceñudo. Incluso pareció que una ligera sonrisa luchaba por abrirse paso en medio de su ceño.

Entró de nuevo en el dormitorio y se encaró con la pelirroja.

—Bueno, ¿piensa quedarse acostada el resto del día?

Ella se incorporó.

—¿Qué puedo hacer?

Había una patética expresión en su cara tensa. Los ojos rebosaban miedo e incertidumbre. Langdon desvió la mirada.

—No lo sé. Pero es indudable que si continúa en este apartamento cualquiera podrá atraparla sin dificultad, aunque si se enteran de que ya habló con la policía supongo que no tendrán interés en liquidarla. Pero prefiero que no corra ese riesgo, así que vístase de otro modo y salga de aquí.

—¿Y a dónde voy a ir?

—¡Cuernos! ¿Cómo voy a saberlo? Eso es cosa suya. ¿Tiene dinero?

—Poco, no el suficiente para alquilar un apartamento.

—Pues sí que... ¿Qué pasa con usted, es tonta de remate? No creo que viviera con Peters enamorada como una adolescente. Le sacaría algo, digo yo.

—No tanto como imagina...

Langdon sacudió la cabeza.

—Vístase para salir.

Cerró la puerta del dormitorio y fue a sentarse en la salita. Sus ojos sombríos cayeron sobre las siluetas dibujadas con tiza, allí donde habían caído los dos pistoleros. Había manchas de sangre, y en la pared chorretones que no eran sólo de sangre.

Maldijo para sus adentros y encendió otro cigarrillo.

Entonces sonó el teléfono y él lo descolgó de un zarpazo.

—¡Hable!

—¿Teniente Langdon?

Reconoció la voz sin dificultad.

—Seguro. ¿Qué pasa, sargento?

—Algo grande. El comisionado está reunido con el capitán Greeley. El capitán quiere verle a usted inmediatamente.

—¿Le ha dicho en qué estoy trabajando?

—Por supuesto. Pero sigue gritando. Ya le conoce.

—Pero bueno, ¿qué pasa?

—Aurelius Wanchek. Asesinado.

—¿Y qué? Ya tengo suficientes cadáveres para... ¿Qué dijo?

Sintió que sus nervios daban un tirón. Por el auricular la voz tranquila del sargento cacareó:

—Ya cayó en la cuenta, ¿eh?

—¿Quiere decir que se trata de «ése» Wanchek?

—No hay otro, teniente. Tenemos el edificio lleno de periodistas. He oído que los reporteros de televisión vienen hacia aquí y no me sorprendería que el mismísimo gobernador acudiera personalmente, se acercan las elecciones.

—Ahórrese toda esa charla. Dígale al capitán que estoy en camino.

Colgó, aturdido.

La pelirroja apareció en la puerta del dormitorio. Se había enfundado unos pantalones que moldeaban sus muslos y nalgas al detalle, marcando descaradamente las líneas convergentes de una pequeña braga. La blusa tenía la batalla perdida con sus pechos puntiagudos. Langdon contuvo el aliento.

—Oiga, ¿no tiene usted algo más discreto? —balbuceó.

—Habría de buscarlo.

—Al diablo. Escuche, ha sucedido algo que va a ocuparme en las próximas horas. Vaya a cualquier hotel modesto, discreto, y llámeme a la oficina para que yo sepa dónde está. No hemos terminado con usted todavía.

—Eso costará dinero.

El se levantó echando chispas.

—Todo cuesta dinero. Hasta conservar la cabeza sobre los hombros. Ya debería saberlo con toda su experiencia.

Sally le sostuvo la mirada. Parecía haberse serenado.

—Cree que soy una buscona, ¿no es así?

—Lo que yo piense importa poco. —Una puta. Dígalo abiertamente.

—¿Para qué quiere oírlo? Usted es quien debe saber lo que es en

realidad. Por otra parte, yo no pertenezco a la Brigada de Costumbres, así que poco importa todo eso. Vamos, salgamos de aquí.

La muchacha cogió un pequeño maletín de viaje y le siguió hacia la puerta. El la observó mientras salían.

En la calle paró un taxi y quedaron mirándose fijamente.

—Hágame saber dónde se aloja —dijo luchando por dulcificar un poco la voz—. Y no se meta en líos.

—Creo que... que volveré a casa.

El arrugó el ceño.

—¿A qué casa, de qué está hablando?

—Nací en un pueblecito de Kansas, ¿sabe? Mis padres siguen allí, creen que trabajo en el teatro.

—Entiendo.

Sally abrió la portezuela. Metió la maleta dentro del coche y se volvió.

—Estaré en el hotel Maxim. Ya viví allí una temporada, antes de conocer a Peters... cuando aún buscaba trabajo.

—Bien.

Entró en el taxi y éste partió disparado.

Langdon se quedó en la acera viéndolo alejarse con una extraña confusión de sentimientos. Acabó soltando un brutal juramento, se metió en su coche y dio orden al agente que lo conducía de regresar a la oficina.

Se recostó contra el asiento y borró a la pelirroja de sus pensamientos para concentrarse en la catástrofe que el sargento le anunciara.

Ahí era nada...

Aurelius Wanchek asesinado.

CAPÍTULO VIII

McGee dio un sorbo al *whisky*, acodado en el mostrador. Estaba cansado y aún no había superado al *shock* producido por la muerte de los dos pistoleros. De vez en cuando notaba un amago de náusea y hubiera deseado que nada de todo aquello hubiese sucedido.

Fue hacia la cabina del teléfono y marcó el número del tal Loomis.

Una voz de mujer respondió después de la primera llamada.

La voz suave, pura melodía, dijo:

—Corporación Reel, hable.

—Quiero hablar con el señor Loomis.

—Un segundo, por favor.

Sonaron una sucesión de leves chasquidos. Otra voz femenina, más seca que la anterior, aunque bien timbrada, indagó:

—¿Hable?

—Loomis, quiero hablar con él si es posible.

—Lo siento. El señor Loomis no ha venido hoy a la oficina por una ligera indisposición.

Soy su secretaria personal, de modo que si yo puedo ayudarle...

—Es muy importante que hable con él.

—Imposible. Y aunque estuviera aquí sería difícil. Tiene todos los asuntos programados con antelación. ¿Cuál es su nombre, por favor? Lo dejaré anotado y... —Soy policía.

—¿Cómo?

—Policía, ya lo oyó. Se trata de un asunto oficial, no de negocios, así que veamos si logramos ponernos de acuerdo. ¿Dónde puedo encontrar al señor Loomis?

—Ya le dije que hoy no acudió. Se encontraba indispuesto esta mañana.

—Eso ya lo dijo antes. ¿Dónde vive?

Oyó claramente el largo suspiro de la mujer.

—No estoy autorizada a facilitar su domicilio privado. En ningún caso.

—¿Ni a la policía?

—A nadie.

McGee soltó un juramento.

—Habré de proveerme de un mandato judicial —gruñó.

—Hágalo, pero dudo que le sirva de mucho. Si eso es todo...

—¡Espere un minuto! ¿Qué actividades son las del señor Loomis?

—¿Cómo? No puedo creer que no sepa usted qué es la Corporación Reel.

—No lo sé, por eso pregunto.

—El señor Loomis es el secretario personal del presidente, Frederick Reel.

—Sigo a oscuras.

—Es increíble que haya alguien que ignora quién es Frederick Reel.

—Eso se debe a que no me muevo en los círculos adecuados —refunfuñó McGee, fastidiado—. Oiga, hermana, deme la dirección de Loomis y evíteme un montón de trabajo.

—No puedo. Lo siento, voy a colgar.

Lo hizo y McGee se quedó con el auricular mudo en la mano, más sorprendido que furioso.

Volvió al mostrador, apuró el resto del *whisky* y pidió la guía telefónica. Cinco minutos más tarde tenía las señas de dos Anthony Loomis. Uno vivía en Harmony Hill. El otro en un distrito poco recomendable cercano a los muelles.

Elegió el primero. Un tipo tan importante sólo podía habitar en un distrito residencial de primer orden.

Cuando estuvo ante la residencia comprendió que, si se trataba del hombre buscado, debía ser mucho más importante de lo que había imaginado. Era una casa grande, maravillosamente diseñada para producir una sensación de absoluto bienestar. Nada en ella sobraba y era tan acogedora como los brazos de una amante.

Una cerca de madera pintada de blanco rodeaba el inmenso prado de césped, verde y brillante como una esmeralda desparramada sobre la tierra.

Lo atravesó por el sendero de grandes losas de piedra y llamó al

timbre. Dentro de la casa sonó un armonioso carillón.

Fue todo lo que sonó, porque nadie acudió a la puerta.

Llamó otra vez, y otra, mirando en torno impaciente por el tiempo perdido. Langdon estaría rabiando por recibir informes.

Nadie dio señales de vida en la casa.

McGee se llevó un cigarrillo a los labios paseando la mirada por el jardín. Más allá de un seto cuidadosamente recortado brillaba el agua de una piscina.

Encendió el cigarrillo y se dirigió hacia la abertura del seto.

La piscina era enorme, de proporciones olímpicas, pero de forma ondulada. El agua era cristalina y reflejaba el azul del cielo, a pesar del hombre que flotaba perezosamente en el centro.

El hombre estaba vestido con un pijama y flotaba boca abajo, girando lento y tranquilo con los brazos extendidos, como si aprendiera a nadar.

McGee sintió un repeluzno en el espinazo. Dio vuelta a la piscina examinando el cuerpo. Fue todo un paseo.

Desde el punto más próximo al cadáver descubrió el alambre retorcido en torno a su cuello. Se había hundido tanto en la carne que McGee se asombró de que no le hubiera cortado la cabeza.

Silbó entre dientes. Si el hombre era Loomis, todas sus esperanzas quedarían en nada, tan muertas como el pobre tipo.

—Así que eras tan importante, ¿eh? —rezongó entre dientes.

Regresó hacia la casa, pero ahora encaminándose a la fachada lateral. Había una enorme cristalera abierta de par en par. Entró boquiabierto, porque no recordaba haber visto tanto lujo ni en los anuncios de las revistas ilustradas.

El tal Loomis había sabido vivir.

Pero no había sabido morir, pensó mientras buscaba un teléfono.

Llamó al teniente. Por el auricular oyó un tumulto de voces antes de que Langdon en persona ladrara en su oído:

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

—Habla McGee, teniente.

—Usted era lo único que me faltaba.

—¿Qué ocurre ahí con tanto alboroto?

—El infierno. Bien, hable, y rápido.

—Estoy en casa de Loomis. Loomis está muerto flotando en la piscina. Asesinado.

—¿Qué?

—Tome nota de la dirección, teniente.

La dictó. Langdon ni siquiera dijo una palabra. Sonó un golpe seco y la comunicación se cortó.

Resignadamente, McGee se dispuso a esperar.

El cadáver yacía sobre el césped. Los peritos daban vueltas dentro y fuera de la casa y chispeaban los relámpagos de los fotógrafos de la policía, mientras agentes de uniforme mantenían a los periodistas fuera del jardín.

Langdon estaba rojo. McGee no recordaba haberlo visto nunca tan fuera de sí.

El teniente apartó la mirada del cuerpo que chorreaba agua y se enfrentó con él.

—De modo que usted ignora lo que es la Corporación Reel.

McGee se encogió de hombros.

—Se me ocurre que debería volver a la escuela una temporada, McGee, si allí enseñaran lo que deberían enseñar. ¿Qué hay de la cuenta bancaria de Peters? —Tiene un saldo de más de tres mil dólares. Me costó sudar sangre conseguir que el chupatintas del banco me lo dijera. Pero fue imposible sacarle de dónde procedían sus ingresos. Todo lo que soltó fue que todos los meses ingresaban un cheque en su cuenta. Dos mil dólares.

Langdon dio un respingo.

—¿Cada mes?

—Sin fallar uno, desde hace siete.

—De modo que en siete meses le ingresaron catorce mil pavos, y sólo tiene tres mil de saldo. O era un manirroto o hay trampa en alguna parte; hay que aclarar eso, y averiguar quién le ingresaba el dinero.

—Pediré una orden judicial, pero hasta mañana ya no es posible hacer nada por ese lado.

—Encárguese de eso a primera hora.

—¿De dónde salieron todos esos periodistas? Llegaron pisándome los talones. ¿Cómo supieron lo del asesinato de Loomis?

—Se limitaron a seguirme. Estaban todos en la sala de prensa. ¿No oyó nada sobre el otro crimen?

McGee le miró asombrado.

—¿Otro?

—Ni más ni menos. El infierno debe haber abierto sus puertas estos días. Mataron a ese buitre llamado Aurelius Wanchek. Y de muy mala manera. Lo encontraron hecho picadillo. Quien fuere que lo liquidó debía odiarle como al demonio.

—¿Wanchek?

—¡Maldita sea! No me diga que tampoco oyó hablar de él.

—Todo lo que sé es que tenía negocios de tráfico de armas, navieras y cosas así.

—Y las industrias químicas, y montañas de acciones y ríos de dólares en «dinero negro» esparcidos por todo el mundo. Bueno, ya no tiene nada. Alguien se lo cargó y eso ha desencadenado una tempestad.

—Ya veo...

—Lo raro es que nadie lo descubriera hasta hoy. Según el forense, murió ayer más o menos a las nueve de la noche.

Bueno, éste no es asunto suyo, McGee, de modo que no se rompa los cascos con él. Concéntrese en lo que está haciendo. Escarbe en torno a ese Loomis, aunque por ese lado me temo que tampoco avanzará mucho.

—¿Por qué no?

—Porque Frederick Reel, en otra esfera, es alguien muy parecido a como era Wanchek. Un buitre de las finanzas con los escrúpulos de un caimán. Bancos, exportaciones más o menos legales, gigantescas inversiones en todo el mundo y un poder que ya lo quisiera el propio presidente de Estados Unidos. De modo que, en lo tocante a Loomis, tenderán una barrera para evitar molestias y escándalo. Es lo clásico de esa gente... pero haga usted lo que pueda.

—Mire, no sé si tenderán una barrera o no, pero Harry Haines tenía el nombre y el teléfono de Loomis anotado de su puño y letra, así que estuvo en relación con él de un modo o de otro. Y Bugsby poseía el teléfono de Haines anotado al lado de su aparato. Les guste o no, tendrán que oírme.

Langdon esbozó una mueca escéptica. Sus ojos duros como el diamante se clavaron un instante en la cara de su subordinado.

—A veces me asombra su ingenuidad, McGee —gruñó entre dientes—. Bueno, trabaje en eso y manténgase lejos de los periodistas. Ya tenemos bastantes quebrantos de cabeza sin

necesidad de buscamos otros.

—De acuerdo.

—Y no se descuide. En este asunto andan revueltos demasiados pistoleros profesionales, aunque eso, usted ya sabe...

McGee se estremeció.

—Seguro.

—¿Nada de la mujer?

—¿Qué? —Langdon sacudió la mano como si espantara una mosca—. La del parque —dijo—. Pero ya veo que no sabe nada de ella.

McGee murmuró algo que no le comprometía a nada y se alejó buen paso. Dio la vuelta a la casa y buscó otra salida para esquivar al tropel de reporteros que pugnaban por colarse en el jardín. El crepúsculo se cernía sobre la ciudad cuando al fin localizó al médico que necesitaba.

CAPÍTULO IX

Abrió la puerta con la llave y cedió el paso al médico. Había luz en la sala interior y McGee exclamó:

—¿Estás ahí?

La muchacha apareció en el umbral. La vio palidecer cuando ella descubrió la presencia de un desconocido.

McGee sonrió.

—Tranquila, es el doctor Johnston. Le he contado tu caso y va a examinarte.

Ella asintió. Sus ojos luminosos iban de uno al otro, expectantes. Hasta que al fin murmuró:

—El teléfono llamó infinidad de veces; no lo descolgué, a pesar de la insistencia.

—Buena chica. Vamos adentro.

En la sala iluminada el médico hizo sentar a la muchacha y sus dedos tantearon entre sus cabellos.

—¿Le duele?

—Aquí sí.

—Un golpe, aún tiene la hinchazón. ¿Siente mareos, náuseas, ha vomitado?

—No, sólo aturdimiento.

—¿No ha recordado nada sobre usted desde que se encontró con Vance?

—¿Quién?

McGee se echó a reír.

—Ése soy yo, nena. Vance McGee.

—¡Oh! Entiendo. No, doctor, nada.

—Bueno, tiéndase en el diván. Y tú sal de aquí hasta que te llame, Vance.

Éste titubeó. El médico gruñó:

—No necesito tu ayuda, ni ella tampoco ahora, así que lárgate.

—Bueno, bueno...

Se fue a su dormitorio, encendió un cigarrillo y tendiéndose sobre la cama esperó.

Aprovechó para pensar en el enrevesado problema en que estaba metido. Cada vez era más complicado, sobre todo al pensar en las implicaciones que comportaba en hecho de que el hilo que relacionaba a los personajes hasta entonces conocidos ataba al mismo tiempo a hampones, asesinos de la peor calaña, con un detective de tres al cuarto y un hombre acaudalado, Loomis, cuya esfera de acción era la más alta socialmente que pudiera imaginar.

Y por encima de todo ello estaba la muchacha. Ella también debía pertenecer a una esfera elevada, si había que juzgar por el collar de diamantes. Tenía la sensación de que las cosas escapaban de su control y que seguirían así a pesar de sus esfuerzos.

De repente se irguió de un brinco. Quedó sentado en la cama y muy pálido miró hacia la puerta.

La idea era como para tenerla en cuenta...

Wanchek había sido asesinado a primeras horas de la noche pasada, de un modo sangriento y brutal.

El asesino debió mancharse de sangre sin la menor duda.

Y la muchacha tenía manchas en el cuerpo, «en la piel», debajo del vestido.

La muchacha llevaba un collar de cien mil dólares. Wanchek ni siquiera parpadearía al regalar una joya de cien mil dólares a... ¿a quién?

La idea le hizo daño. Sintió una especie de desgarrón en su interior. Quizá el teniente tuviera razón después de todo y él fuera un condenado ingenuo.

Se forzó a seguir reflexionando sobre el tema por mucho que le doliera. Podía ser un ingenuo, pero no un tonto.

Los buitres como Aurelius Wanchek mantienen hermosas amantes, mujeres de lujo... A veces ocurren cosas desagradables, humillaciones si se trata de hombres depravados, y la mujer decide terminar...

Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Oyó la voz del médico que le llamaba y dio un salto fuera de la cama.

La muchacha estaba sentada en el diván. Sus ojos tenían una mirada angustiada, llena de desesperanza.

El médico dijo:

—No hay nada que yo pueda hacer por ella aquí. Su estado requiere cuidados especializados y una vigilancia constante, absoluta, y eso sólo puede dársele en una clínica.

—Pero bueno, tendrás una idea de lo que le pasa, digo yo.

El médico sonrió.

—Seguro que sí. Padece amnesia.

—Eso lo sabía sin necesidad de tu ayuda.

—¿Qué más quieres? Está bien, está bien, te diré que no creo que ese golpe haya sido la causa de su pérdida de memoria. No me parece bastante fuerte como para eso.

—Entonces, ¿qué? Ella no recuerda nada.

—Eso ya lo sé, acabo de someterla a un examen completo. Pero yo no soy neurólogo, Vance. Mi opinión puede estar equivocada.

—Equivocada o no, será una opinión autorizada. Yo no tengo ni eso, así que suéltalo.

—Yo creo que se trata de una amnesia psicológica. Es una variante muy curiosa que se da algunas veces. Una persona es testigo de un hecho que le produce horror. O puede ser el protagonista del hecho, el autor. Aquello choca contra su razón, contra los esquemas establecidos conscientemente y aceptados voluntariamente por el sujeto a lo largo de su vida. Ese horror, el *shock* psíquico, dispara los resortes de autodefensa del subconsciente. Es como si se corriera un telón entre la realidad que le horroriza y el olvido que le aísla de esa realidad. La mente consciente olvida, se adormece y predomina el subconsciente con la ausencia absoluta de recuerdos, de la realidad pasada. Sólo deja un resquicio de luz, que significa el futuro porque éste está libre de lo que sea que provocó el corrimiento del telón. Sumariamente, ésta es la explicación que se me ocurre.

McGee estaba pálido. Una pregunta le quemaba la lengua, pero en lugar de formularla sólo dijo:

—Tú debes saber dónde ingresarla para que la atiendan.

—Eso costará bastante dinero, Vance.

—Ya lo supongo, pero el dinero no es problema. El médico le observó con el ceño fruncido.

—Eso es algo que yo no he podido decir nunca. Qué pasa, ¿acertaste un pleno en las carreras o qué?

—Nunca aposté a los caballos, pero el dinero no debe preocuparte.

El médico se encogió de hombros.

—Tú sabrás lo que haces.

McGee se quedó mirando a la muchacha.

—¿Quieres internarte en una clínica?

—Naturalmente...

—Quiero que comprendas el alcance de esta decisión antes de que la tomes. Cuando recobres la memoria puede que lo que recuerdes no sea nada agradable. Ya oíste al doctor...

Ella le sostuvo la mirada serenamente.

—Todo es preferible a esta incertidumbre, McGee. Sea lo que sea podré soportarlo.

El aspiró hondo. Con voz ronca murmuró:

—¿Aunque hayas cometido un crimen?

—¿Crees que es eso lo que hice?

—Tenías sangre en el cuerpo. Debías estar desnuda cuando te manchaste.

Algo en el tono de su voz hizo que la muchacha le mirara asustada. El doctor Johnston gruñó:

—No dramatices, Vance. No hay ninguna necesidad de asustarla gratuitamente. —Te aseguro que no trato de asustarla, pero ya te conté dónde tenía las manchas de sangre. Manchas grandes, ¿entiendes?

La hermosa joven susurró:

—Creí que estarías a mi lado hasta el fin...

—¡Maldita sea! Estoy a tu lado pase lo que pase, hayas hecho lo que hayas hecho. Lo que quiero es que tengas consciencia de lo que puede suceder después del tratamiento.

—Ya te dije que afrontaré lo que sea.

El médico gruñó:

—Esta discusión no nos lleva a ninguna parte. Si hemos de hacer algo mejor que lo hagamos cuanto antes. ¿Vas a acompañarnos a la clínica?

—No puedo, *doc*. Tengo trabajo para toda la noche, como mínimo. Según el teniente Langdon, el infierno ha abierto sus puertas y los crímenes se suceden uno tras otro por toda la ciudad. Una plaga.

Johnston arrugó el ceño, intrigado. Al fin se encogió de hombros y se volvió hacia la muchacha.

—Bueno, usted y yo no tenemos nada que ver con crímenes ni violencia. Eso queda para los héroes como ese polizonte. ¿Está dispuesta?

Ella se levantó. Miró angustiada a McGee.

Éste dijo:

—Iré a verte tan pronto pueda, aunque no sé cuándo será. Con el asesinato de ese buitro, como lo llama el teniente, todos los hombres disponibles están ocupados.

Johnston se volvió.

—¿Buitro? Tienes un modo de calificar...

—El asesino de Aurelius Wanchek. Lo hicieron pedazos. Anoche.

La muchacha se tambaleó.

—¿Wanchek? —balbuceó.

—Le mataron anoche, alrededor de las nueve.

El rostro de la joven se crispó de repente. Por unos instantes semejó una máscara, como si cada músculo tirase en una dirección distinta. El horror se desbordó de sus ojos, abrió la boca y un agudo aullido vibró en su garganta.

Luego sus ojos giraron en las órbitas hasta adquirir el blanco absoluto, sus piernas se doblaron y antes que pudieran evitarlo se desplomó igual que abatida por un rayo.

Johnston se arrodilló a su lado soltando maldiciones.

McGee quedó paralizado. Ahora, quien estaba asustado era él...

CAPÍTULO X

El médico levantó la cabeza y gruñó:

—Su estado me preocupa, Vance. Ya debería haber recobrado el conocimiento.

McGee apartó la mirada de la muchacha tendido en la cama. Estaba pálido y nervioso. —Voy a salir— dijo de pronto—. Quédate con ella hasta que vuelva a la vida y luego llévala a esa clínica. Pero no te separes de esta mujer, así caigan rayos y truenos.

—Oye, no puedo estar toda la noche pendiente de ella.

—Por lo menos, hasta que yo vuelva.

—¿Y cuándo será eso?

—Maldito si lo sé.

Dio media vuelta y salió del dormitorio, con el médico protestando tras él.

—Por lo menos dime a dónde vas y qué es lo que está pasando aquí —exigió Johnston—. Esa chica ha oído ese nombre raro y ya viste lo que hizo. Chilló igual que loca y se desmayó. ¿Qué es todo esto, Vance?

—Te lo contaré cuando vuelva. Cuida de ella hasta entonces, por favor. Es todo cuanto te pido.

Salió y cerró de un portazo antes que el médico pudiera seguir atosigándole.

Condujo a toda velocidad por las calles donde el tráfico comenzaba a escasear debido a la hora.

Llevado por las prisas ni siquiera entró el coche en el garaje de la policía. Lo dejó en la calle y se precipitó al despacho del teniente Langdon.

El despacho estaba desierto. Uno de los detectives de servicio dijo:

—Salió disparado hace más de una hora. No dijo cuándo estaría de vuelta ni si volvería. —¿Sabes dónde están los informes y

fotografías del caso Wanchek?

—Creo que Langdon lo entregó todo al capitán Greeley. Pero tú no estás metido en esto, Vance. ¿O sí?

El soltó un juramento.

—Yo también quisiera saberlo.

Se metió en el elevador y subió al despacho del capitán. No había más que una mecanógrafa tecleando en una máquina eléctrica. La muchacha le sonrió. A McGee casi siempre las mujeres le sonreían...

—Hola, linda. ¿Qué delito has cometido para que te obliguen a trabajar a estas horas?

—Cosas del gran jefe. Y tú, ¿buscas al capitán?

—A eso vine.

—Perdiste el tiempo. No volverá ya hasta mañana.

McGee encendió un cigarrillo. Sonrió a su vez.

—Me gustaría dar un vistazo al *dossier* del caso Wanchek, preciosa. Me dijeron que lo tenía todo el capitán Greeley. ¿Sabes si lo guardó?

—Precisamente estoy transcribiendo ese material. Está todo aquí, pero por favor, no desparrames las fotos en mi mesa. No quisiera vomitar.

—¿Tan malo es?

Por toda respuesta ella empujó una carpeta amarilla hacia él. McGee acercó una silla y comenzó a pasar la colección de fotografías tomadas por los expertos de la policía. Sintió que se le revolvía el estómago. Eran fotografías en color tomadas desde todos los ángulos, mostrando el cadáver de un hombre materialmente machacado.

Silbó por lo bajo.

Ella murmuró:

—Quienquiera que hizo eso debía detestarle hasta la locura.

En las fotografías se distinguían perfectamente las grandes manchas de sangre que encharcaban el suelo. Pero mostraban algo más: las huellas de pies que habían pisado la sangre.

Pies desnudos sin ninguna duda.

McGee sintió un frío mortal en la nuca. Por unos instantes se olvidó hasta de respirar y la angustia dominó todo otro sentimiento que pudiera experimentar a la vista de aquel horror.

—Dime —gruñó—. ¿Has visto esas fotos?

La agente femenina y secretaria del capitán asintió con un gesto. McGee insistió:

—¿Qué opinas de esas huellas de pies desnudos?

—Son huellas de mujer.

—¿Tú crees?

—Con toda seguridad. Además, las medidas del informe lo confirman. Pies femeninos... ¿Qué te pasa, también a ti te marea esa colección?

El desvió la mirada.

—No lo sé.

Metió las fotos en el sobre y se dedicó a leer los informes de los hombres que habían intervenido en el caso desde el principio.

Cuando terminó dijo:

—Wanchek tenía una amante. ¿Sabes si la han localizado después de que fueran redactados estos informes?

—De eso nadie me ha dicho una palabra. Deben andar buscándola todavía.

Cuando abandonó el despacho, McGee hubiera deseado no haber conocido jamás a su bella desconocida. Estaba casi seguro que era la amante del hombre asesinado... y quizá su asesina.

En la sala de detectives no había más que los dos de guardia y un viejo reportero en espera de que saliera cualquier asunto que le diera tema para uno de sus trabajos.

—Hombre, McGee. Les preguntaba a ese par de búhos dónde andabas metido —exclamó el periodista—. ¿Por qué te han dejado fuera de todo este lío de Wanchek? —Ése no es el único delito que se ha cometido en la ciudad. Alguien tiene que ocuparse de los otros.

—¿Tienes prisa?

—¿Por qué haces preguntas idiotas? Siempre tenemos prisa en esta santa casa.

—Vamos, te invito a un trago. Esta noche aquí no pasa nada.

McGee le siguió escaleras abajo.

—¿No te ocupas del caso Wanchek, Bill?

El reportero se encogió de hombros.

—Hay la mitad de la redacción metida en este asunto. Al infierno con ellos, no publicarán ni la mitad de lo que escriban.

—¿Por qué no?

—Influencias, presiones, todo no. Aurelius Wanchek era un buitre sin entrañas, pero los políticos bailaban a su alrededor como coristas en noches de estreno.

—¿Qué sabes de él además de eso?

—No mucho, sólo lo suficiente para no lamentar su muerte.

Entraron en el bar de la esquina. Bebieron en silencio y al cabo de unos instantes el reportero le espetó:

—Ahora, a cambio del *whisky* suelta la lengua, muchacho. ¿Qué pasa con el asesinato de ese tal Loomis? Te vi allí, esta tarde, pero te esfumaste antes que pudiera echarte el guante. ¿Hay alguna relación entre eso y lo de Wanchek?

McGee le miró asombrado.

—¿De dónde sacas esa idea tonta?

—Llámalo corazonada si quieres. Loomis era el secretario personal de Frederick Reel.

—¿Y qué?

—Reel es el más encarnizado rival que Wanchek tuvo en su vida. Se odiaban a muerte, competían en todos los terrenos y si uno hubiera podido arruinar al otro lo habría hecho sin vacilar.

McGee le minó con respeto.

—Bill, no me sorprende que seas uno de los mejores ensuciacuartillas de la ciudad, ¿cómo sabes tanto de esa gente?

El periodista vació el vaso de un trago. Sus ojillos astutos relucieron.

—Intenté escribir una serie sobre esos hombres que poseen en sus manos más poder que el propio presidente. Por poco no me echaron a la calle a patadas. Pero reuní una montaña de material que me sirvió para reafirmarme en mi convencimiento de que el hombre, cuando rebasa ciertos límites, se convierte en unapestoso animal de presa.

Es todo lo que conseguí.

—¿Llegaste a conocer personalmente a Wanchek?

—No.

—¿Y a Reel?

—¿A ése? Nadie puede llegar hasta el viejo caimán. De todos modos lo intenté. Fue lo mismo que dar de cabeza contra un muro. Hace años que nadie ve al gran Reel, excepto sus colaboradores más

Íntimos. Es ya tan grande en la actualidad que no necesita aparecer en público para controlar sus inmensos negocios.

—¿Tiene mujer, hijos, queridas? Sé que Wanchek tenía una amante. Por ahí hubieras podido...

El reportero sacudió la cabeza.

—Nones. Reel es viudo. Tiene un hijo, o una hija, no lo sé con seguridad, pero jamás se le ha visto con él. Creo que vive por su cuenta y ambos se detestan. Tampoco eso es seguro. Bueno, con esta gente nada es seguro, nunca. Sólo su inmenso poder.

—Pero una amante debe ser fácil de entrevistar.

Bill Gray soltó una risita.

—Nada de fácil, aunque eso sí lo conseguí. Cuando el buitre se enteró por poco no me arrancan la cabeza... mis propios jefes. Eso te dará idea de las influencias y presiones de que disponen.

McGee sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Tú la conociste?

—Seguro. ¡Qué mujer, madre mía!

—Éste... ¿Bonita?

—Nunca vi otra parecida —puso los ojos en blanco, extasiado por el recuerdo—. Una de esas bellezas calientes, delicadas y duras al mismo tiempo, si puedes entenderlo. No sé lo que le costaba al maldito viejo, pero por mucho que fuera era poco por lo que ella valía.

McGee bebió un sorbo tratando de controlar el gesto y la voz. Cuando hizo la pregunta sonó casi indiferente:

—¿Dónde la viste?

—¿Dónde iba a ser? En ese palacio que Wanchek pagaba religiosamente en el edificio Magnolia.

—Entiendo. Si tú sabes dónde vive esa preciosidad, ¿cómo explicas que los policías encargados de este caso aun no la hayan localizado?

Bill pegó un respingo.

—¡No me digas! A mí nadie me preguntó. De cualquier modo, les costará encontrarla a menos que vayas a echarles una mano. Estos asuntos son extremadamente discretos cuando se trata de bastardos como Wanchek, Reel y compañía. Y ahora que se me ocurre, acabo de poner en tus manos un triunfo que puede hacerte ganar puntos ante tus jefes. Eso vale por lo menos otro trago.

Vance McGee pidió las bebidas distraídamente. Su mente era un caos.

El reportero añadió:

—No creas que a mí me resultó fácil descubrir a esa maravilla con faldas. Me llevó días y días, además de desparramar un puñado de billetes aquí y allá...

Cerró la boca al darse cuenta de la tensa expresión de su amigo. Intrigado, gruñó al fin:

—Bueno, di algo, ¿qué te pasa? Tienes una mirada como si acabaras de ver al diablo con cuernos y rabo...

McGee sacó unos dólares y los tiró sobre el mostrador.

—Vamos —dijo rechinando los dientes—. Me acompañarás a ver a esa clama.

—¡Qué! ¿A esta hora de la noche? Nos echarán a puntapiés.

—No a mí. Vamos.

Salió a toda prisa.

Rezongando, Bill Gray se fue tras él y ahora empezaba a interesarse también en el asunto. Quién sabe, los más sonados reportajes surgen a veces de donde uno menos espera.

El coche de McGee arrancó antes de que el reportero hubiera tenido tiempo de cerrar la portezuela.

CAPÍTULO XI

El Magnolia era uno de los dos o tres más lujosos y deslumbrantes edificios de apartamentos de toda la ciudad. Se alzaba en medio de una hectárea de terreno convertido en vergel privado, donde en completa intimidad sus inquilinos podían gozar de hermosos jardines, piscinas y senderos entre la fronda de la vegetación.

McGee y el reportero permanecieron unos instantes parados ante la soberbia entrada. Bill Gray rezongó:

—El encargado de noche nos adiará los perros en cuanto nos vea.

—Ojalá lo intente —rechinó Vance entre dientes.

Gray comenzó a preocuparse. Por primera vez cayó en la cuenta de que la actitud del joven policía no era precisamente muy profesional.

Ciertamente, el estirado encargado nocturno sacudió la cabeza de un lado a otro tan pronto McGee empezó a hablar. No dejó ni que terminara.

—Imposible. Jamás permitiré que...

El tampoco pudo terminar. McGee disparó las manos y atrapándole por las solapas casi lo tiró de bruces sobre el brillante mostrador.

—Escúcheme bien, pedazo de estúpido. Voy a ver a esa mujer así tenga que abrirme paso a tiros. Cuando haya levantado a todo el edificio podrá usted presentar una queja al departamento de policía, pero para entonces lo habré puesto todo patas arriba. ¿Lo ha entendido?

—¡Maldito sea! No puede hacer eso por muy policía que sea usted.

Gray miró en torno. Ahora estaba seguro de que tenía en puertas un buen reportaje, pero de lo que dudaba era de que no tuviera que

escribirlo detrás de una reja. McGee arrojó al indignado encargado hasta que su espalda golpeó el casillero que tenía detrás.

—¡Y ahora lléveme a ese apartamento!

Como al descuido soltó el botón de la chaqueta. Su mano quedó rozando la curva culata del revólver.

El hombre tragó saliva con dificultad. Dudó. A pesar de haber visto la credencial del policía, la brutal actitud de McGee le desconcertaba.

—Está bien, pero tan pronto pueda descolgar un teléfono llamaré al administrador general.

—Y después al presidente. Muy bien, pero eso será después que yo haya visto a esa mujer. Muévase.

Salió de detrás del mostrador sin dejar de mascullar entre dientes. Le siguieron hasta un elevador enorme, que se lanzó hacia arriba como un cohete.

Bill Gray murmuró:

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Vance. Esa mujer nos denunciará y nos veremos en un aprieto.

—Esa mujer ni siquiera estará en su apartamento si yo acierto en lo que pienso.

—¿Dónde crees tú que está?

McGee no replicó. El ascensor se detuvo suavemente y las puertas se abrieron. El empleado les precedió por un amplio pasillo alfombrado. Luces tenues parecían brotar de las paredes acolchadas.

Cuando se detuvo ante una puerta, aún titubeó.

Apartándolo a un lado, McGee llamó repetidamente al timbre. Desde el exterior no se oyó ningún sonido.

—¿Qué pasa, no funciona el timbre?

—Es un zumbador especial, y las puertas y paredes son a prueba de ruidos. No se oye desde aquí.

McGee apretó de nuevo el pulsador y dejó el dedo allí como si quisiera agujerearlo.

El empleado sudaba de ansiedad.

A medida que transcurría el tiempo McGee se afianzaba más en su angustiosa creencia. La inquilina de ese palacio era la mujer que yacía en su propia cama.

Entonces se abrió la puerta bruscamente y ella apareció.

—¿Qué significa ese escándalo?

Tenía una voz armoniosa. McGee se quedó paralizado de estupor.

Bill Gray sonrió.

—Hablé una vez con usted. ¿Lo recuerda?

—Y lo lamento también.

El empleado carraspeó y con voz asustada dijo:

—Me han obligado a traerlos aquí, señorita Preston...

—¿Obligado?

Al fin, Vance recobró la voz y dijo:

—Policía, señorita Preston. Lamento molestarla a estas horas.

—Más lo lamento yo. Pero cualquiera puede decir que es policía.

—Yo puedo demostrarlo.

Ella examinó su credencial, le miró a la cara, suspiró y echándose a un lado murmuró:

—Sabía que esto tenía que ocurrir, pero pensé que elegirían una hora más decente.

Entren.

Se colaron al interior. Ella despidió al encargado y cerró la puerta.

McGee miraba en torno como si no diera crédito a tanto lujo, a tanta ostentación y riqueza.

Ella le sacó de su abstracción.

—Si tiene algo que decir, abrevie, por favor. Ya estaba acostada cuando usted ha derretido el zumbador de la puerta.

—Lo siento...

—Eso ya lo dijo antes.

La miró de arriba abajo. Estaba envuelta en una suerte de salto de cama hecho de algo que a Vance se le antojaron plumas de algún ave exótica de color azulado. Era una prenda tan suave que parecía flotar a su alrededor en lugar de envolverla.

—Supongo —dijo al fin—, que ya imagina la razón por la que estoy aquí.

—Naturalmente. Vi la noticia por televisión.

—En cierto modo me ha sorprendido encontrarla aquí. Yo creí... Bien, eso no tiene nada que ver. ¿Quién cree que mató a su amigo Wanchek?

—Hace usted la primera pregunta sabiendo que no voy a responderla. Si las demás son por el estilo pierde el tiempo y me lo

hace perder a mí.

—Usted vivía íntimamente unida a él. Forzosamente debe conocer a sus amigos y a sus enemigos. Uno de estos últimos le ha matado sin ninguna duda. ¿Quién?

—¿De veras cree que yo puedo saberlo?

—No, pero sí sospechar de alguno con nombre y apellidos.

—Aurelius no tenía enemigos dignos de ese nombre. Y si le surgía alguno lo aplastaba. Tenía poder suficiente para eso y más. Ya debería saberlo si ha profundizado en su vida.

—Averiguar algo de un hombre por terceras personas nunca es tan concreto como hacerlo con sus íntimos. Usted era íntima de él.

Ella sonrió con absoluto aplomo.

—Era su amante, no le dé usted vueltas a la palabra.

Bill Gray dijo como al desgaire:

—A uno de sus enemigos nunca pudo aplastarle por lo que yo sé...

—Reel. ¿Se refiere a Frederick Reel?

—Al mismo.

Ella sacudió la cabeza.

—Es cierto. Reel estuvo a punto de aplastarle a él en realidad. Tenían entablada una guerra a muerte y nada podía hacer más feliz a cualquiera de ellos que arruinarle un negocio al otro. Habrían dado años de vida por poderse arruinar total y absolutamente.

McGee gruñó:

—¿Qué es eso de que Reel estuvo a punto de aplastarle?

Ella titubeó unos instantes.

—Se lo diré... porque ahora ya está muerto y todo saldrá a la superficie. En un año, Reel consiguió poner a Aurelius contra las cuerdas, como él decía. Miles de millones perdidos, industrias que escaparon a su control... una catástrofe. Wanchek estaba tan furioso que si el muerto hubiera sido Reel yo sabría quién era el asesino. Siendo al revés no tiene sentido.

Ahora Gray escuchaba con todos sus sentidos. Nadie mejor que él sabía lo que estas noticias significaban.

McGee dijo:

—¿Quiere decir que Wanchek estaba arruinado?

—Arruinado no es la palabra exacta tratándose de él. Aún le que daban algunos millones, pero desde su punto de vista sí, estaba en

la ruina.

—Entiendo.

Se quedó callado, el ceño fruncido y la mente lejos de ese emporio de riqueza.

Gray le miró intrigado por su silencio.

Incluso la muchacha estaba sorprendida.

De modo que le espetó:

—Es usted un policía muy raro, amigo; tan raro que ni siquiera parece policía.

—Eso ya me lo dijeron otras veces. Vámonos, Bill.

Éste pegó un respingo.

—¿Ya terminaste?

—En realidad, terminé cuando ella apareció en la puerta. Lamento haberla molestado, señorita Preston.

Se encaminó a la salida. Ni la muchacha ni el reportero atinaron a seguirle en el primer instante, tanta era su confusión.

Gray le alcanzó cuando él ya había pulsado el botón de llamada del ascensor. Entonces exclamó:

—¿Puedes decirme qué infiernos significa esto? Ni siquiera la has interrogado a fondo. Podías haber...

—Ya lo harán otros.

—Entonces, ¡por todos los demonios! ¿Qué viniste a buscar?

—La certeza de que esa mujer existía, nada más.

—¿Qué? ¡Tú estás chiflado! Yo te dije que había hablado con ella. Eso era una prueba de su existencia, me parece a mí.

La llegada del aparato evitó que McGee respondiera. Descendieron al vestíbulo, donde el empleado ni se tomó la molestia de devolver los saludos.

—Conduce tú, Bill. Necesito pensar.

—Lo que necesitas es un siquiatra, muchacho. ¿A dónde vamos ahora?

—A la Central.

—Bueno.

Ninguno habló apenas durante el trayecto. Bill Gray pensaba que tenía en puertas uno de los mejores reportajes de su carrera y eso era suficiente para mantener ocupada su mente.

En la Central el teniente Langdon se quedó helado al verle aparecer.

—¡Cristo! No me diga que aún está trabajando...

—En cierto modo, así es.

—¿Y lleva a ese plumífero de ayudante?

—Más bien él me llevó a mí.

Langdon dominó su desconcierto. Tenía demasiadas cosas en qué pensar y acabó encogiéndose de hombros.

—Tengo algo para usted, McGee —dijo—. Sus dos amigos del parque trabajaban para Harry Haines.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda, lo he comprobado. Venga a mi despacho antes que las grandes orejas de Gray nos metan en un lío.

El reportero protestó, pero eso fue todo lo que obtuvo.

Tan pronto cerró la puerta, el teniente añadió:

—Le apuesto doble contra sencillo a que los cheques que ingresaban cada mes en la cuenta de Peters procedían de Haines. Y Harry Haines fue contratado hace ocho meses por Anthony Loomis.

McGee se quedó boquiabierto.

—Bueno, ¿no tiene nada que decir?

—Espere un minuto...

—Loomis estaba casado. Su mujer entabló demanda de separación hace tres meses. Ella ha sido quien ha hablado conmigo voluntariamente tan pronto se ha enterado de la muerte del que aún seguía siendo su marido... y se ha apresurado a retirar la demanda, por supuesto. No hay otros herederos.

—Espere un minuto; estoy desbordado, teniente.

Éste soltó un gruñido.

—Es lo menos que puede estar, teniendo en cuenta que éste es un trabajo que debiera haber hecho usted.

McGee se dejó caer en una silla.

Gruñó:

—Tiene razón, pero estuve obcecado por otra cosa. No podía pensar...

—Pues haga prácticas. ¿Qué demonios le tenía a usted obcecado, la dama del parque?

—En cierto modo...

Langdon rodeó la mesa y fue a sentarse en un sillón basculante.

—Tal vez ahora se decida a hablarme de ella francamente.

Vance se sobresaltó, pero no tuvo ocasión de protestar porque el

teniente añadió con la misma voz tranquila:

—Yo merecería que me expulsaran de la policía si hubiera creído su historia tal como la contó la primera vez.

Anonadado, McGee alargó la mano y atrapó el teléfono.

Discó su propio número y al segundo timbrazo la voz del doctor Johnston surgió, seca y vibrante.

El dijo:

—Habla Vance, doctor.

No le dejó terminar.

—¿Dónde demonios...? No importa, ya no importa. Ella se ha largado.

McGee se levantó de un brinco.

—¡Repite eso!

—Yo no soy un polizante, Vance. Ella aprovechó un instante en que yo entré en el lavabo para escabullirse. Ni siquiera cerró la puerta para no hacer mido y cuando salí había emprendido el vuelo. Sólo esperaba que me llamaras. Me voy a casa y para otra vez olvídate. ¿De acuerdo?

—¡Espera un minuto! ¿Qué te dijo cuándo recobró el conocimiento, de qué habló?

—Apenas dijo nada. Estaba aterrorizada, eso es seguro.

Nunca en mi vida he visto a nadie con ese pánico en la mirada.

—Tenía razones. ¿Cuánto tiempo hace que se marchó? —Media hora o así.

—Está bien, hiciste lo que debías de cualquier modo. Te lo agradezco.

—Eso servirá de mucho.

Colgó, enfurecido y angustiado a un tiempo.

Langdon gruñó:

—Sigo esperando su historia, McGee.

Desalentado, empezó a hablar y lo contó todo.

CAPÍTULO XII

Justo al acabar, el teléfono sonó. Eso le dio un respiro, por cuanto el teniente lo descolgó de un manotazo mascullando un juramento.

—¡Hable!

Escuchó. Se puso rígido.

—¿Dónde? —Ladró.

McGee advirtió cómo el desconcierto sustituía a la cólera en la expresión de su jefe.

Eso fue un alivio.

—Que se ocupe el sargento. Sí, Perry, y siga informando.

Colgó. Entre dientes dijo:

—No lo entiendo, maldito si lo entiendo.

Parecía haberse olvidado de McGee.

Éste mantuvo la boca cerrada. Luego, la mirada del teniente cayó sobre él echando chispas.

—Así que ocultó a la fulana...

—No era una fulana.

—¡Oh, claro que no! Su espíritu romántico la ha idealizado.

—Una fulana cualquiera no lleva cien mil dólares en diamantes como usted el mechero, con la misma despreocupación.

—Me asombra que usted saliera de la academia de policía con el nombramiento bajo el brazo, debieron enviarlo a...

Cerró la boca y sus dientes se encajaron como un cepo.

Al fin señaló la puerta y bramó:

—¡Salga de aquí y tráigame a esa fulana! Perdón, a esa dama.
¡Largo!

McGee saltó hacia la puerta. Antes de salir preguntó:

—¿Qué le dijeron por teléfono, teniente? Se puso usted rojo.

—Eso también tiene que ver con su hermosa dama Dos cadáveres en una cuneta... muertos hace más de veinticuatro horas

y menos de cuarenta y ocho. «Sus» cadáveres, McGee. Esta vez llevaban su documentación en los bolsillos. Peters y Bugsby.

Boquiabierto, Vance se quedó en el umbral igual que paralizado. Langdon refunfuñó:

—Ande, vaya en busca de esa mujer. Ahora sí que es preciso encontrarla... y pronto. Si tuviera usted algo en la cabeza además de pelo ahora no estaría a merced de cualquier asesino.

—Yo... lo siento, teniente. Me equivoqué.

—Oh, claro que se equivocó. Cuando deje de ser un maldito romántico podrá aspirar a ser un buen policía, Bueno, ¿qué infiernos espera ahora?

McGee salió y cerró la puerta. Se metió en el ascensor como en sueños y salió de él mismo modo, caminando igual que un sonámbulo.

Alguien le agarró del brazo y dijo algo.

El balbuceó:

—¿Qué?

—La he llevado al despacho del sargento. Estaba vado.

—¿De qué estás hablando?

—¿En qué pensabas? De la chica. ¿Qué otra cosa?

El parpadeó.

—¿Una chica?

—Parecía perdida. Preguntó por ti y no quiso hablar con nadie más.

El corazón le dio un vuelco.

Echó a correr, atravesó la sala de detectives ante el estupor de Bill Gray y los demás, y abriendo la puerta de la oficina del sargento se quedó mirando a la muchacha que se levantaba en aquel instante.

—¡Tú!

Cerró la puerta. Ella empezó a llorar mansamente, sin sollozos, sin aspavientos. Las lágrimas inundaron sus pálidas mejillas como agua de lluvia.

Paso a paso llegó a su lado con una tremenda confusión de ideas y sentimientos.

—Deja de llorar. Solo dime por qué dejaste el apartamento y al doctor, por qué me tomaste el pelo. Anda, habla.

—¡Vance!

—Bueno, di algo.

—Yo... quería hablar contigo.

—Pudiste hablar con el doctor Johnston. Estaba allí solo para cuidarte, para protegerte.

Los grandes ojos llenos de lágrimas estaban fijos en su cara cuando dijo con un hilo de voz:

—No quería hablar con él, sólo contigo.

—¿Por qué?

—No podía decirle a él que mi padre había matado a ese hombre... Wanchek.

Vance casi se tambaleó. No podía creerlo.

—¿Tu padre? —jadeó—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Ella asintió con un gesto. Luego añadió:

—Me llamo Leyla Reel.

—¡Dios! La hija de Frederick Reel...

—Ojalá no lo fuera. Nunca ha sido mi padre más que para mantenerme lejos de él. Pagó los mejores colegios, los grandes internados en Suiza. Lo pagó todo menos lo que yo más necesitaba.

—¿Por qué?

—Porque nunca me amó... y era un estorbo para su vida de depravación. Por eso.

—Tranquilízate. Siéntate y cuéntalo todo con calma. Ahora no hay ninguna prisa.

—Ha sido una pesadilla horrible.

—En cualquier caso ya terminó, no tienes nada que temer. Tu padre será detenido y... —No, Vance, no podrás detener a un hombre como él. Es demasiado poderoso. Nadie conseguirá probar nada y yo no voy a declarar públicamente lo que te diga a ti. A pesar de todo es mi padre.

—Si piensas así, ¿por qué me lo cuentas a mí?

—Tú eres diferente, Vance. No podría soportar la idea de que creyeras que yo... que yo...

—Comprendo.

—No creo que comprendas —dijo apenas sin voz—. Te quiero y eso hace que todo sea diferente. Y más difícil.

McGee se quedó mirándola alhelado, sin atinar a pronunciar una palabra.

Luego empezó a sonreír y dijo:

—Voy a meterme en el mayor lío de mi vida, pero no importa. Yo te quiero desde que te vi, tan sola en el parque, tan desamparada. ¡Qué diablo! Y porque ahora sé que eres un buen partido.

—No bromees.

La rodeó con los brazos y buscó su boca con ansiedad.

Ninguno de los dos supo el tiempo que pasaba. El beso, la caricia infinita no tenía fin y él habría jurado que sólo había transcurrido un segundo cuando la voz del teniente, seca y retumbante, estalló en la puerta.

—¡McGee! ¿Ha tomado esto por la habitación de un hotel?

Se apartó de ella sobresaltado. Langdon añadió:

—Si ésta es su dama errante, mejor que la presente. Tenemos mucho de que hablar.

—Sin duda, señor. Se llama Leyla Reel.

—Bien, me alegro de... ¿Qué dijo?

—Es su nombre, teniente. Leyla Reel.

—¿Hija de Frederick Reel?

Ella asintió. Dijo:

—Frederick Reel es mi padre.

Langdon la miraba con los ojos a punto de saltarle de la cara. Sólo masculló:

—Alguien se ha vuelto loco y seguro que no soy yo.

—¿Por qué dice eso? Puedo demostrarlo... bueno, podré demostrarlo cuando salga de aquí.

—No me refería a eso. Vayamos a mi despacho. Tráigala, McGee.

Atravesaron la sala de detectives ante la expectación de los de servicio y de Bill Gray. Langdon fue a sentarse detrás de su mesa. Esperó a que Vance cerrara la puerta y entonces dijo desconcertado:

—Ahora que al parecer ha recobrado usted la memoria, señorita Reel, dígame una cosa. ¿Conocía a los hombres que intentaron asesinarla en el parque?

—Sí.

McGee gruñó:

—Yo le di sus nombres, teniente.

—Cierre el pico. Continúe jovencita.

—Eran empleados de mi padre.

McGee dio un brinco.

—¡Espera un minuto!

Langdon rugió:

—Le he dicho que se calle, McGee!

—Guardianes de su residencia. Había cinco o seis de ellos, vigilando día y noche —la muchacha se estremeció—. Los había visto una o dos veces... porque nunca quise ir a vivir allí cuando regresé de Europa.

—Así que trabajaban para él, ¿eh?

—Así es, por eso, cuando vinieron a buscarme al hotel porque mi padre quería verme fui con ellos.

—¿A dónde?

—A la residencia, dijeron. Luego resultó que no era allí donde me llevaron. Me asusté y traté de escapar, pero me encerraron en un cuarto. Oí gritos, unos gritos terribles...

—¿Podría encontrar ese lugar a donde la llevaron?

—No hay ninguna necesidad. Es el mismo sitio donde encontraron muerto a Aurelius Wanchek.

—Siga.

—Dos de aquellos hombres entraron con pistolas y me obligaron a quitarme el vestido para que no pensara en huir estando desnuda. A esos dos no los había visto nunca.

—¿Eso fue después de oír los gritos?

—No, antes, apenas unos minutos después de llegar. Se llevaron mi vestido y los zapatos, y cerraron la puerta con llave.

—Comprendo. ¿Cómo salió de allí?

—Fue mucho más tarde, después de los gritos. Pude abrir la puerta con un alambre que encontré. Ojalá no... no lo hubiese hecho.

—Ya veo. Se encontró con el cadáver de Wanchek.

—Sí, y toda aquella sangre. Todo empezó a girar y creo que grité antes de desplomarme al suelo.

Calló y Langdon le dio tiempo. Encendió un cigarrillo y se limitó a esperar. McGee dijo:

—¿Qué opina usted, teniente?

—Déjela terminar. Aún no nos ha dicho cómo salió de allí y apareció en el parque con un golpe en la cabeza.

Ella se pasó la mano por la cara, ante los ojos, como si quisiera

borrar una visión de pesadilla.

—Eso sucedió después. Cuando recobré el sentido estaba en la misma habitación. Tenía sangre en un costado, y en los pies. Me había manchado al caer. Entonces entraron los dos que yo conocía y traté de echar a correr. Fue cuando me golpearon. Cuando desperté esta vez estaba dentro de un coche. Atravesamos la ciudad y fue cuando les oí hablar y supe que mi padre había cometido aquel crimen espantoso. De pronto algo le pasó al coche y pararon. El conductor y los dos hombres bajaron y estuvieron examinando algo del motor. Estaba muy oscuro y no vieron que yo salía del coche. Caminé no sé cuánto tiempo y al fin estaba tan cansada que me senté en el parque. Allí... allí me encontraste.

—Y la encontraron ellos —rezongó el teniente.

Sonó el teléfono. Lo descolgó y su rostro se puso rojo.

Escuchó durante casi un minuto sin replicar más que con algún monosílabo. Luego, cuando habló, dijo:

—Escuche, comisionado, no me importa quién sea que le ha llamado. Si hay un asesino suelto mi deber es cazarlo.

Volvió a escuchar. Ni siquiera se despidió. Colgó con un golpe seco y dijo:

—Su padre ha empezado a mover sus influencias. El propio gobernador del estado «recomienda» dirigir las investigaciones de todo este asunto de modo que el gran Frederick Reel no sea molestado en absoluto.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba segura que pasaría eso. El puede movilizar hasta al presidente si se le antoja. Usted no sabe el poder de que goza, y no sólo en este país.

—Puedo imaginarlo.

McGee refunfuñó:

—De cualquier nodo, teniente, todo esto no tiene sentido. Reel puede ser todo lo que quiera, carecer de escrúpulos, matar si lo cree necesario para sus intereses. Pero no puedo aceptar la idea de que mandó asesinar a su propia hija, y eran sus hombres de confianza, sus guardias privados, quienes iban a matarla.

Langdon se levantó.

—Muy bien, McGee, siga reflexionando sobre eso. Yo voy a realizar algunas comprobaciones. Y no pierda de vista ni un

segundo a su protegida. Aunque eso imagino que lo hará sin necesidad de mis recomendaciones.

Les dejó solos y ellos quedaron mirándose en silencio.

El murmuró:

—Ahora ya no puedes volverte atrás. El caso no está en mis manos.

—Ya lo sé. Pero yo no declararé contra mi padre. Si mató habrán de juzgarle sin mi colaboración, aunque jamás dejaré que le lleven ante un tribunal. —Veremos.

—Ya ha empezado. Esa llamada no es más que el principio. Puede hacer que expulsen a cualquier policía. Puede hacerlo casi todo.

—Ahora lo has dicho: «Casi» todo.

La besó ligeramente, encendió un cigarrillo y, tal como dijera el teniente, empezó a reflexionar profundamente sobre el endemoniado embrollo.

Ninguna de las conclusiones a que llegó le gustó poco ni mucho...

CAPÍTULO XIII

McGee salió de la carretera por el desvío que ella le indicó. Condujo unos instantes bajo las copas de los árboles y de repente paró el coche y volviéndose hacia Leyla dijo, sombrío:

—¿Estás segura que quieres seguir adelante?

La muchacha le sostuvo la mirada.

—Sí, Vance.

—Recuerda lo que ha dicho el teniente, lo que hemos hablado antes de salir. ¡Maldita sea! Aún puedes volverte atrás.

—Voy a llegar hasta el final pase lo que pase, porque quiero acabar de una vez con esta situación. Quiero tener paz y no pensar en otra cosa que en amarnos y vivir.

El cabeceó, aún titubeante.

Miró hacia adelante, a la carretera que se hundía en una espléndida vegetación. La muchacha explicó:

—Estos bosque ya pertenecen a mi padre... toda esta colina es suya. La residencia está arriba, casi en la cumbre.

Sin replicar, él arrancó de nuevo cuesta arriba.

Cuando la enorme verja de hierro les cerró el paso ella contuvo el aliento. Casi sin voz susurró:

—No sé cómo reaccionará cuando sepa que eres policía.

Un hombre surgió al otro lado de la reja. Despacio, McGee acercó el coche al portón de entrada. La muchacha se apeó y el hombre casi pegó un brinco al reconocerla.

Ella dijo con tono resuelto:

—Abra las puertas. Quiero ver a mi padre.

—Cómo no, señorita...

El portón se deslizó empujado por un mecanismo eléctrico. McGee introdujo el coche y se alejó por el amplio paseo de coches.

El guardián se precipitó al teléfono de su pabellón.

McGee condujo despacio hasta detenerse delante de la inmensa

residencia. Asombrado, la contempló antes de apearse. Era un palacio que muy pocos extraños habían pisado jamás.

Un hombre les aguardaba ante la puerta. Era alto y recio, con cara de facciones rudas y ojos fríos que se clavaron en la muchacha tan pronto se apeó.

McGee cerró la portezuela de su lado. Leyla dijo:

—Soy la hija del señor Reel. No le conozco a usted.

—Me llamo Haines, señorita. Hace varios meses que trabajo para su padre como jefe del servicio de seguridad.

McGee le examinó dominando sus impresiones. De modo que aquel hombre era Harry Haines...

—Entren, avisaré al señor Reel.

La muchacha penetró en el palacio resueltamente. McGee se colocó a su lado y tras ellos Haines cerró la pesada puerta de roble.

Leyla pasó bajo un hermoso arco y desde allí ordenó:

—Dígale a mi padre que estaremos en el salón, por favor.

Haines desapareció por un pasillo.

McGee contempló los espléndidos cuadros que colgaban de las paredes, las estanterías repletas de libros y objetos de adorno, los divanes y las butacas esparcidos por todo el salón como con descuido.

En una de las mesas había botellas y vasos, y cachivaches de plata que él ni siquiera sabía para qué servían.

—Me pregunto cómo alguien puede vivir en un lugar como éste —rezongó entre dientes.

La muchacha deslizó los dedos en su mano y apretó.

—A él le gusta.

—¿Y a ti?

—Lo detesto.

Sonaron pasos más allá de la entrada. Al volverse vieron aparecer tres hombres que se detuvieron al entrar.

Uno era de mediana estatura, fuerte y amazacotado. Su rostro delataba una indomable energía y en sus ojos había crueldad.

Los otros, uno era Haines con su cara de pocos amigos, y el segundo guardián no se diferenciaba mucho de su jefe.

Leyla les miraba desconcertada.

El hombre del medio empezó a sonreír de un modo que daba grima. —Nunca agradeceré bastante al destino que te haya traído

aquí, querida McGee gruñó:

—¿Ése es tu padre?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo había visto nunca, Vance.

El otro seguía sonriendo.

McGee notó como sus nervios se ponían tirantes. Pensó en el teniente y en que él tenía mucho que aprender. Langdon había acertado.

—Cierto —rió el desconocido—. Nunca me habías visto, pero eso no es obstáculo para que me alegre de que estés aquí.

Haines murmuró:

—Será mejor no perder tiempo, señor.

—Tranquilo. Preséntanos a tu acompañante, querida...

—Espera un momento, Leyla —se anticipó McGee—. Vamos a saber primero qué está pasando aquí. Si él no es tu padre, y está en esta casa como dueño y señor, entonces es Aurelius Wanchek.

El aludido dejó de reír de golpe. Sus ojos crueles se agrandaron al clavarse en McGee con evidente alarma.

—¿Cómo diablos lo adivinó, quién es usted?

—Un amigo de Leyla.

—Un pisaverde cualquiera no...

La muchacha había perdido hasta el último asomo de color.

—¿Wanchek? —jadeó casi sin voz—. ¿Dónde está mi padre? ¡Vance! ¿Qué significa? —Si Wanchek está aquí, vivo, es que tu padre ha muerto en su lugar. No puede ser de otra manera.

—Merecería usted un premio, amigo mío. Lo acertó a la primera. Soy Aurelius Wanchek, pero para el mundo soy Frederick Reel.

Leyla no pudo contener un grito de espanto. Ahora comprendía y esa comprensión la llenaba de terror.

—Pero yo... yo vi...

Wanchek volvía a sonreír sin pizca de humor.

—Lo que quedó de tu padre, eso es lo que viste. No hay mejor manera de eliminar la competencia y apoderarse de su imperio al mismo tiempo.

—¡Está loco si cree que eso puede salir bien!

McGee se contenía a duras penas.

—Estaría loco si dejara escapar esta oportunidad. No, mi joven amigo. Hace años que Reel no recibe visitas, que no aparece en

público. Seguirán sin verle, pero yo haré lo necesario para desprenderme paulatinamente de sus industrias, de sus inversiones, de todo cuanto tenía. En conjunto valen más de un billón de dólares. ¡Un billón! Cuando termine seré uno de los hombres más ricos de la Tierra, después que él casi me arruinó.

—No podrá salir bien... es imposible.

—No hay nada imposible para Wanchek. ¡Nada! El único escollo que quedaba era esta chica y usted ha sido tan amable que la ha traído voluntariamente, enmendando así los errores de los inútiles que debían ocuparse de ella. Ella desaparecerá. Punto.

Todos los demás que podían significar un riesgo ya están fuera de este mundo.

—Entiendo. Loomis, por ejemplo.

—Ciertamente, Loomis era incorruptible. Y algunos de los antiguos guardianes.

—Nunca lo conseguirá, Wanchek. Es demasiado grande incluso para usted.

—Por descontado, ni usted ni esa preciosa damita lo verán, pero todo está calculado hasta el más mínimo detalle. Nada fallara.

McGee sacudió la cabeza como si quisiera librarse del aturdimiento.

Wanchek hizo un gesto perentorio.

—¿Haines?

El guardián adelantó unos pasos llevándose la mano a la axila.

McGee dio un empujón a la muchacha y ella gritó al rodar por el suelo.

Cuando él saltó a su vez buscando la protección del diván tenía el revólver en la mano. Gritó:

—¡Entréguense a la ley, Wanchek!

—¿Qué? ¡Un policía... mátalos, Haines!

El comenzó a retroceder hacia la puerta. McGee disparó y le vio girar sobre sí mismo, aullando.

Haines hizo fuego y dos balas se hundieron en el respaldo del diván. McGee rodó sobre sí mismo, se irguió y su «38» vomitó otra llamarada y la pesada bala se enterró en el pecho de Haines tirándole de espaldas.

Entonces el otro rufián disparó. McGee sintió el golpe en alguna parte y le pareció que a su alrededor todo estallaba.

Rugió de dolor y de ira. Aún trastabillaba por el impacto cuando apretó de nuevo el gatillo dos veces. El pistolero rebotó contra la pared, dio una vuelta sobre sí mismo y al fin se desplomó de bruces.

Leyla chillaba al borde de la histeria. El gritó:

—¡No te muevas, debe haber más!

Tambaleándose, con la caliente caricia de la sangre en el costado, se dejó caer de bruces al suelo. Reptó hacia donde había caído la pesada automática de Haines y la empuñó.

Vio a Wanchek arrastrándose al lado de la puerta. Levantó el revólver y disparó. Vio perfectamente el impacto del proyectil en su pierna derecha y el hombre saltó como una rana, para aplastarse después contra las baldosas.

Alguien corría más allá de la entrada. Un hombre armado con una pistola ametralladora entró de un salto y la bala de McGee le cazó antes siquiera de que sus pies tocaran el suelo.

En alguna parte, allá fuera, comenzó a tabletear una ronca *Stein*, con un coro de secos ladridos de armas cortas. Se oían gritos por todas partes.

McGee se arrastró hacia donde Leyla continuaba quieta, hecha un ovillo en el suelo. Sus ojos se encontraron. La muchacha vio su cara lívida y desencajada, la angustia del dolor en sus ojos y luego la sangre, y con un alarido se precipitó hacia él.

El teniente Langdon apareció cautelosamente en la puerta. El enorme revólver que empuñaba casi escapó de su mano al ver el cuadro de hombres muertos, y a McGee derribado y lleno de sangre, y la muchacha que le sujetaba la cara entre las manos, llorando casi a gritos.

Luego, al entrar, vio a Wanchek que pugnaba por ladear la cabeza y mirarle. Rechinó los dientes.

—Así que era cierto; deberían levantarme un monumento.

Disparó un puntapié a la cara del asesino. Éste perdió todo interés por lo que sucedía y se desmayó.

Tras el teniente aparecieron dos o tres agentes de uniforme, y detectives de paisano, y cuando McGee empezó a revivir vio que estaba tendido en un diván, con Leyla inclinada sobre él y todo un muestrario de caras inquietas allá arriba.

Langdon sonrió.

—Lo conseguimos —dijo—. Usted será un buen policía, McGee.

Leyla suplicó:

—El médico... por favor...

—Está en camino, tranquilícese. De cualquier modo McGee no reventará por ese rasguño. Bueno, es un poco más que un rasguño, pero es un tipo muy afortunado. Los hombres desaparecieron uno tras otro. Leyla inclinó la cabeza y le besó en la boca suavemente.

—¿Oíste al teniente?

—No serás un policía ni bueno ni malo, no quiero que te maten.

—Ya discutiremos eso.

Ella volvió a besarle, esta vez profunda y largamente.

Así no había manera de discutir.

Aún estaban besándose cuando el médico les estropeó la fiesta.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

